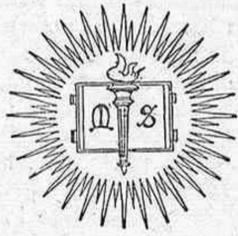


La Ilustración Artística



AÑO XXXII

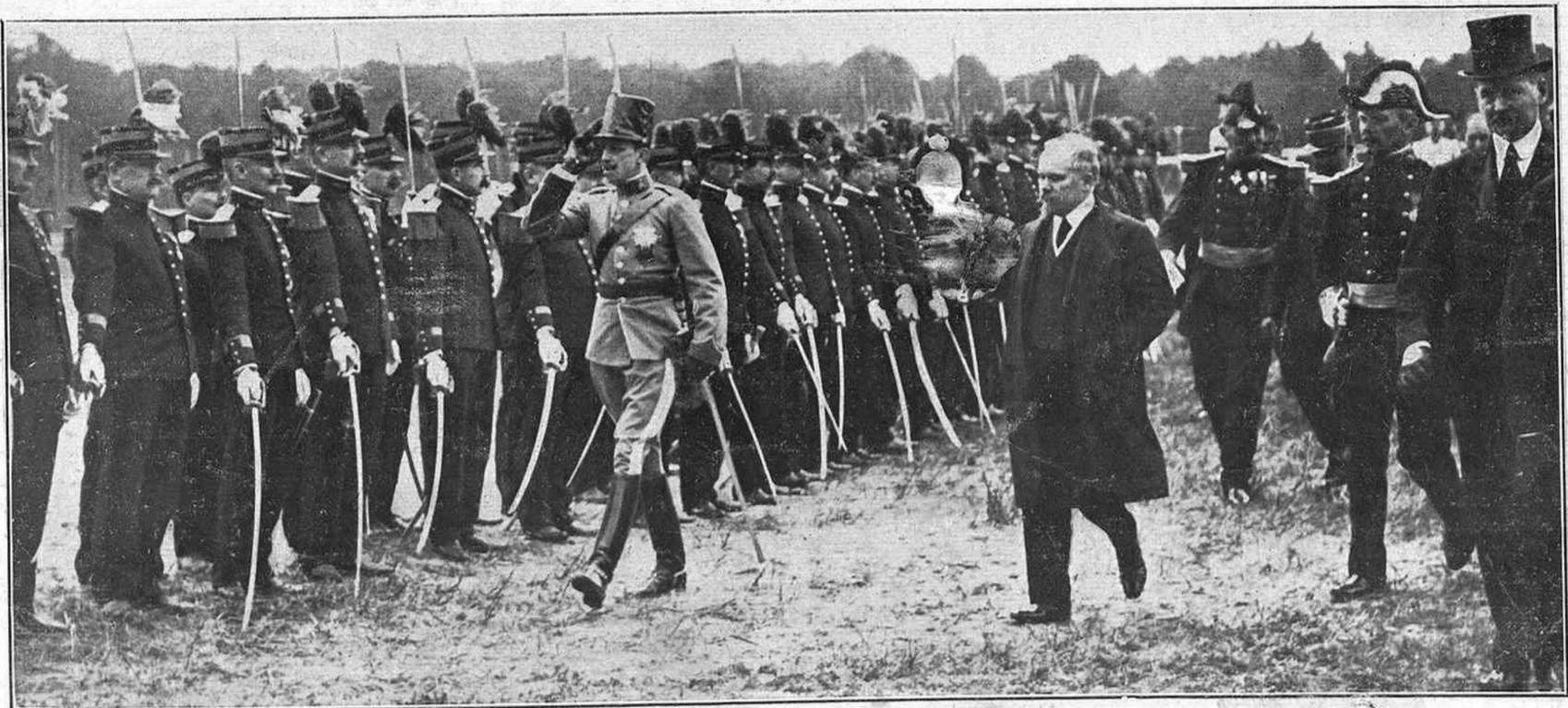
BARCELONA 19 DE MAYO DE 1913

NÚM. 1.638

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII A PARÍS



En Fontainebleau. - S. M. disponiéndose a presenciar las maniobras militares. (De fotografía de Archives du Miroir.)



En Fontainebleau. - S. M. y el presidente de la República revistando los oficiales de Fontainebleau. (Fotografía de Rol.)



Texto. — *Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La ciega*, cuento de José Sánchez Rojas. — *Viaje de Su Majestad el rey D. Alfonso XIII a París*. — *El Ferrol. Botadura del Alfonso XIII*. — *La cuestión de Oriente*. — *La reina de Italia y las princesas Yolanda y Mafalda*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *El torero*. — *Los Fabrecé* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Notas de actualidad*. — *La Romería del Ram*. — *Libros*.

Grabados. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII a París* (siete fotografías). — Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración a *La ciega*. — *El Ferrol. Botadura del Alfonso XIII* (cuatro fotografías). — *Essad-bajá. Evacuación de Eskutari por los turcos*. — *Soldados austriacos en la frontera de Montenegro*. — *J. Lamote de Grignon*. — *Franz Beidler*. — *Luis Millet*. — *Francisco Viñas*. — *Ricardo Wagner*. — *Juan Raventós*. — *Conrado Giral*. — *Lina Pasini Vitale*. — *Inocencio Navarro*. — *La reina Elena de Italia y las princesas Yolanda y Mafalda*. — *La duquesa Mientxu*, cuadro de Ramón de Zubiaurre. — *Ocaso castellano*, cuadro de Valentín de Zubiaurre. — *Madrid. Becerrada a beneficio del Bazar del Obrero*. — *El hijo del conde de Romanones rejoneando un becerro*. — *El infante D. Fernando en la Exposición de Artes Decorativas*. — *Simulacro de incendio del Museo del Prado*. — *El torero*, escultura de M. Remondot. — *La banda «L'Harmonie Municipale» de Lyon en Barcelona*. — *Nuevo edificio de la Casa de Lactancia*. — *La Romería del Ram*. — *Monumento al poeta J. Delli*, obra de Miguel Tripisciano.

REVISTA HISPANOAMERICANA

México: la nueva revolución triunfante: el pacto Díaz-Huerta: la presidencia provisional de la República: la muerte de Madero: la pasión política y sus consecuencias: la potencia económica del país: la situación actual. — *El Salvador y Honduras*: asesinato de Araujo y muerte de Bonilla. — *Venezuela*: Cipriano Castro y sus optimismos. — *Puerto Rico*: la Asociación cívica portorriqueña y los partidarios de la independencia: la Isla Encantada: los errores de los yanquis: retención ilegal de la isla por los Estados Unidos.

Seis meses han transcurrido desde el día en que se publicó mi última *Revista*; medio año, por cierto, bien fecundo en acontecimientos de gran relieve político y de importancia grande para el presente y porvenir de algunos Estados americanos.

La nueva revolución iniciada en México terminó de mala manera para los caudillos de la anterior, que habían venido a substituir en el poder al general Porfirio Díaz.

Los últimos días de 1912 y los primeros del año actual fueron uno de los períodos más agitados en la vida nacional de esta República. Aparte Zapata y sus hordas, contra Madero y los suyos combatieron los generales Félix Díaz y Victoriano Huerta. El 18 de febrero ambos hacían saber, por medio de aviso o manifiesto público, que para evitar mas derramamiento de sangre y por sentimientos de fraternidad nacional, habían hecho prisioneros al presidente de la República Sr. Francisco Madero y a los individuos de su gobierno; añadían que daban por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba, comprometiéndose los elementos representados por uno y otro, es decir, Díaz y Huerta, a impedir por todos los medios cualquier intento para el restablecimiento de dicho Poder; que a la mayor brevedad se procuraría arreglar en los mejores términos legales posibles la situación creada por los últimos sucesos, y que pondrían todos sus empeños al efecto de que Huerta asumiera, antes de setenta y dos horas, la presidencia provisional de la República con un Gabinete cuyos individuos se designaban desde luego, anunciándose la creación de un ministerio, el de Agricultura, encargado especialmente de resolver la cuestión agraria. Entretanto, quedaban encargados del gobierno Huerta y Díaz, y éste hacía constar que no aceptaba el ofrecimiento de formar parte del gobierno provisional, pues quería tener libertad para cumplir en la próxima elección los compromisos adquiridos con su partido.

Al siguiente día el presidente y el vicepresidente de la República presentaban sus renuncias a la Cámara de Diputados, la que las aceptó, asumiendo el Poder el secretario de Relaciones, de conformidad con la Constitución política. Este funcionario nombró en el acto secretario de Gobernación al general Huerta e hizo a la vez renuncia de su alto cargo; el Poder pasó, por virtud de la misma Constitución, al nuevo secretario de Gobernación, quien prestó la protesta de ley y quedó legalmente investido de la primera magistratura del país.

El 21 comenzó a funcionar la nueva administración, siempre de conformidad con los preceptos legales. Con toda legalidad, o por lo menos con toda razón y justicia, según los revolucionarios, se había

hecho prisioneros a Madero y sus ministros, con toda legalidad se los obligó a renunciar y con toda legalidad se dispusieron las cosas de modo y manera que el Poder viniese a quedar en manos del general Huerta.

Ya no parece que fué tan legal el asesinato o la ejecución del presidente Madero y otras personas de su familia y de su bando. En la capital y en las principales ciudades de la República todo lo dominaba y a todo se imponía la pasión política, no la que nace al calor de los grandes ideales de engrandecimiento nacional, sino la que crean, mantienen y avivan las rivalidades y los odios personales, la ambición de mando o la codicia de las altas y provechosas posiciones administrativas; y por esto la buena prensa del país protestaba airada contra lo que *El Economista mexicano* llama «el cáncer de la América latina», es decir, el predominio de la política en la vida social, intelectual y económica, esa política vulgar, innoble y rastrea a la que deben los pueblos de América — y aun de otros continentes — sus grandes dolores y sus grandes miserias, porque no se ha sabido dominar las pasiones y no se ha querido atender al desarrollo de las fuentes naturales de producción y riqueza. «De ahí que el latinoamericano sea en su respectivo país un simple testigo, las más de las veces, de lo que la actividad, diligencia y cordura del extranjero que a él emigra es capaz de hacer para formarse en poco tiempo una fortuna de importancia. Y mientras el hijo del país pierde su tiempo en discusiones bizantinas y apasionadas, el extranjero oye, calla y trabaja, preparándose un caudal que le permita, ahí mismo o en su terruño, disfrutar de un retiro tranquilo y desahogado.»

Estas últimas palabras, fiel expresión de hechos reales, son un argumento más en favor de la inmigración a América, que no sólo necesita brazos y dinero, sino hombres bien avezados al trabajo, enemigos resueltos, por interés y convencimiento, de esas continuas agitaciones políticas, sin las cuales, México y otros países de América serían ya verdaderos emporios de riqueza. Ahora mismo, en la situación actual se ofrece prueba evidente de la enorme potencia económica de México. A pesar de la anarquía de estos últimos tiempos, continúan en aumento las fuerzas productivas de la nación. Precisamente en el segundo semestre de 1912, en el período de máxima agitación revolucionaria, cuando era casi imposible la vida en los campos, la exportación ha valido más de 23.000.000 de pesos que en el mismo período de 1911. En la importación hubo también un aumento de 3.300.000 pesos. Esa mayor explotación revela una mayor producción, especialmente agrícola, puesto que a productos de la agricultura corresponden las mayores cifras.

De las buenas impresiones y consiguiente fe en lo porvenir que producen este mayor desarrollo de la producción y del comercio, y el relativo estado satisfactorio del Erario público, se hace eco el presidente provisional de la República en el mensaje que leyó ante el Congreso de la Unión el 1.º de abril último. Termina declarando que el fin primordial a que aspira es la pacificación del país, para lo cual preciso es resolver tres problemas capitales: el militar, el político y el social. Para lograr la pacificación social, el Poder Ejecutivo se propone estudiar todos los medios que tiendan al desarrollo económico del país, y especialmente al de la agricultura, sobre bases que, excluyendo el privilegio, abran perspectivas de mejoramiento real a las clases desheredadas. A este fin obedece la creación de la nueva Secretaría de Agricultura.

Las últimas noticias nos informan de discursos o declaraciones de Huerta en los que asegura que antes de dos meses, por concordia o por las armas, reinará en México profunda paz, y de dificultades que oponía el Congreso a que se hagan las elecciones presidenciales en tanto que no quedé por completo pacificado el país, todo lo cual quiere decir que continuaba la guerra civil.

En Centroamérica un presidente asesinado; otro fallecido de muerte natural.

Manuel Enrique Araujo, presidente de El Salvador, ha sido una víctima más del «cáncer de la América latina». Por fortuna, la muerte violenta de este ilustre estadista no tiene consecuencias funestas para la paz y tranquilidad del país; conforme a la Constitución le substituyó el vicepresidente Dr. D. Carlos Meléndez.

Manuel Bonilla, el presidente de Honduras, tipo perfecto de la enérgica e inteligente raza mulata del Nuevo Mundo, falleció el 21 de marzo último. El 1.º de enero había dirigido su primer mensaje al Sobe-

rano Congreso Nacional; en él hacía constar que había comenzado la obra lenta y meditada de regeneración para devolver a Honduras su tranquilidad, dejar iniciada una administración pública honrada, activa y progresista y cimentar definitivamente las instituciones republicanas.

Cipriano Castro, el expresidente de Venezuela, el conspirador sempiterno y acérrimo adversario de los políticos yanquis al estilo de Taft y de Roosevelt, se encuentra ahora más satisfecho o más de acuerdo con la política que inicia el nuevo presidente de la Unión angloamericana Sr. Wilson. El *New York Times* ha publicado la declaración de Castro, entusiasmado con la doctrina de Monroe, a lo Monroe, que es la de Wilson, es decir, que nadie, absolutamente nadie, ni los yanquis, tienen el derecho de tocar a un país hispanoamericano. El imperialismo de los Roosevelt y Taft ha terminado.

Veremos si los hechos confirman estos optimismos de Castro; veremos si los yanquis continúan o no operando en Nicaragua, en Panamá, en Santo Domingo, en Puerto Rico...

No es Puerto Rico Estado independiente, como los otros que se acaban de citar, sino colonia o país dominado por los yanquis. Estos, pues, operan allí con perfecto derecho. Pero los naturales de la isla, por lo menos buena parte de ellos, no están conformes con la servidumbre que sufren y piden la independencia. ¿Somos, por ventura — dicen los de la Asociación cívica portorriqueña — de inferior calidad a los cubanos? ¿Tienen éstos civilización superior a la nuestra? ¿Relativamente cuentan ellos con más recursos que nosotros para sostener con dignidad un gobierno independiente?

Están en contra de la independencia los azucareros, es decir, los que temen perder el gran mercado que para el azúcar tiene la isla en los Estados Unidos, y los desconfiados, esto es, los que para evitar el peligro de la oligarquía o la dictadura creen que es conveniente dar largas y entretanto irse preparando o educando para vivir vida soberana e independiente.

Según Ramírez de Arellano, que desde San Juan nos habla de «La isla encantada», los que defienden abiertamente el ideal de independencia son todavía relativamente pocos. ¿Y a qué se debe este contrasentido? A que los portorriqueños se hallan en estado de *encantamiento*. Aman la patria, sienten sus desdichas, saben dónde reside el mal y un genio maléfico y poderoso les impide descubrir y aplicar el remedio.

Puerto Rico debe abandonar la política de la hipocresía y de la timidez, y gritar, de modo que se entere todo el mundo, que no acepta por más tiempo el ominoso yugo, más o menos disimulado que, en nombre de una falsa democracia, se le ha impuesto. Hay que comenzar una campaña enérgica y decidida hasta obtener la independencia. El pueblo yanqui, convencido de la cordura y buen juicio de los portorriqueños, no tardará en depositar en manos de estos mismos el porvenir de la isla.

La Unión norteamericana, al declarar la guerra a España, lo hizo bajo el influjo de un engaño. No se olvide que habla un portorriqueño, el Sr. Ramírez de Arellano. La mentida tiranía de España en Puerto Rico creó en el pueblo yanqui, pueblo indudablemente amante de la libertad, aun cuando víctima de la falacia de su sistema de gobierno, un sentimiento de hostilidad hacia España y por consecuencia de afecto y lástima hacia los portorriqueños, que tarde o temprano habría de traer como secuela inevitable una guerra funesta y cobarde.

La independencia de Puerto Rico está, pues, en manos de amigos empeñados en que han hecho la felicidad de sus pobladores.

Todo se reduce a convencerlos de su error, y cuando esto se haya conseguido, desaparecerá ya el «encanto», y los buenos yanquis otorgarán a los portorriqueños la libertad que les fué arrebatada.

Otro argumento, de índole jurídica, se hace valer en pro de la independencia de la isla. Puerto Rico era pueblo autónomo cuando estalló el conflicto y guerra entre España y los Estados Unidos, y no está obligado por las cláusulas del Tratado de París. Los pactos y condiciones de este tratado, en cuanto a Puerto Rico se refieran, son nulos y sin valor alguno. La isla de Puerto Rico se halla, pues, ilegalmente retenida por los Estados Unidos de América.

LA CIEGA

POR JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS, dibujo de Carlos Vázquez

(A la memoria de José M.^a Gabriel y Galán,
poeta de la charrería.)

Vicente se ha echado novia en la romería del Otero. Regresa de la romería con el corazón lleno de luz. En el altozano donde está la ermita ha conocido a Mari-Juana, la hija del montaraz de los Perales, moza garrida, guapota, con dos ojos negros como dos estrellas, con la color aldeana, rebosante de salud y de brío. Fué en el baile. Él, Vicente, danzaba rítmicamente, como buen charro, imprimiendo andar de vértigo a las piernas, manteniéndose firme, seguro, solemne, el cuerpo. Ella tocaba los pitos en la danza aldeana, embelesada con el ritmo. A lo mejor, se perdió el compás. «¡Anda, la mi morena, que te quiero yo!», exclamó el galán, menos corrido que los señoritos formales en trotes semejantes. «*Pus pa* muchos años que *tamién* te quiero yo, Vicente», subrayó la moza. Y ni cortos ni perezosos, celebraron los esponsales. Ella se despojó del pecho el ramo y lo colocó en el chambergo del galán. Vicente se quitó del cuello el pañuelo rameado. «*Pa* ti, mi prenda», y la dama ufana, donairoso, recogiólo prestamente. Y ya no cambiaron de pareja en toda la tarde.

Vicente, sentado en el escaño de la cocina, mientras el *ama* repasaba las cuentas del rosario entre el *siñorío*, aperadores, menestrales y domésticos de la alquería de Iñigo-Blasco, recordaba la romería del Otero. Pocas horas antes él caminaba, de retorno, con su Mari-Juana por el atajo de los Perales. Allí estaba toda la charrería del contorno, de cinco leguas a la redonda. Era la romería del amor la romería del Otero. Después de la recolección se celebraba, y abundante y pródiga había sido la cosecha aquel agosto. Las paneras repletas de grano rubio daban alegría y buen humor. Las mozas, atezadas, curtidas al sol de fuego, estaban siempre guapas y ágiles al llegar la romería. Vicente, al llevar la renta al amo de los Perales, conoció a la muchacha. Le sirvió el yantar. Sin hablar de nada, lo hablaron todo. Ella le escanciaba el vinillo alegre, le adobó el lomo, le sirvió las rodajas de chorizo y el sabroso queso de oveja del lugar.

Pagó él tales refinamientos descubriendo su ingenio de mozo, que era *alcalde* de la mocería por méritos propios, y por su fortaleza al marro, y hasta por su habilidad en enamorar mozas, con tira y afloja, sin comprometerse. Y vagamente se citaron para la romería del Otero. Y como son las citas tácitas las que mejor se cumplen en toda tierra de garbanzos, en la romería tornaron a encontrarse Vicente, el mozallón de Iñigo-Blasco, y Mari-Juana, la moza llona de los Perales.

Recordaba Vicente los ojos negros de Mari-Juana, ojos de fuego, de sol de agosto, ojos de meseta que abrasan como el llano en estío. Y el cuerpo garrido, menudo, apretado y armónico. Y los brazos redondos y carnosos de su novia. Rezó el rosario distraídamente. Y después de cenar, subió en el *Lucero*, le hincó espuelas, llegó a los Perales, tocó el tambor con los nudillos a la ventana de la moza, salió ella y se prolongó la plática en la noche clara. La tierra cantaba un himno de fecundidad. Croaban las ranas en el charco de la alameda. Hacía guiños la luna nueva.

Los novios, que no tenían grandes refinamientos, sintieron la majestad de la noche. Y renovaron su juramento. Y hablaron de boda «*pa* otro año»; él contaría con dos yuntas; ella tenía una *yugá*...

Dejó el mozo la ventana. Y cantando iba su alegría, en el silencio de la noche, camino de Iñigo-Blasco:

Labrador de mis padres
serás mañana;
echa surcos floridos
a mi ventana.

Y luego, cambiando de tonada, cantó furiosamente:

Te quiero más que a mi vida
sí.

El eco se perdía en el atajo. La luna, burlesca, parecía sonreírse con una mueca amarga.

* * *

La viruela se cebó el invierno en la alquería. Murió el tío Simón el aperador en pocos días. El amo Juan, enhiesto y firme como una *ahijá* de picar bueyes, murió de unas calenturas malignas. Mari-Juana se multiplicó cuidando a los enfermos, pasando noches enteras en vela. Y cayó ella también enferma con la terrible enfermedad. Fué la invasión a escape; la carita fresca se llenó de hoyos. Perdió la vista. Quedó ciega Mari-Juana.

Vicente lloró, como galán enamorado, los primeros días, la tragedia silenciosa de su novia. Después... Después el *alcalde* en ejercicio de la flamante mocería aldeana tornó a mirar las mozas del contorno. Quedaban ojos muy bonitos así en los Perales como en Iñigo-Blasco, así en Valde-Soto como en Valdemierque. Y fué menos a los Perales, cada vez menos. Primero el rendimiento al dolor, la protesta de fe viva, el aullido del alma enamorada que quiere rebelarse contra lo irreparable. Después — también el diccionario aldeano tiene todas las gamas, aunque otra cosa crean los *insinguines* letrados de la ciudad — la frase cortés y vaga, que dice literalmente compasión y esconde desprecio.

La pobre ciega lloraba en la cocina, lloraba mansamente, sin consuelo. Se sabía traste inútil, cachivache que no sirve y se destina al desván, estorbo. Y mimosa quería creer a su Vicente y dentro de su corazón primitivo le quería. ¡Ay, sin ojos se puede amar también! ¿De qué valen los hoyos de la cara cuando es transparente y cristalino el corazón, que es el verdadero soberano en achaques de amorío? ¿Una ciega no puede amar a su hombre? Sí, sí, Dios mío, sí. Pero su Vicente... Su Vicente aparecía cada vez menos por la cocina. Pretextaba un quehacer urgente: tenía que ir a la *tená*, que herrar al *Lucero*, que hacer un encargo del amo para la feria de Alba. Pero volvería. Volvería a ver a su Mari-Juana. Las cosas estaban malas; ya no podrían casarse después de la recolección. Vicente se había metido en gastos y acaso no contara con las yuntas para cuando él quisiera. La palabra, sin embargo, era palabra. Más

importaba palabra de caballero que juramento de galán al mozo.

Y la ciega tenía miedo, un miedo horrible, sin saber de qué. Veía allá, en la zona de su conciencia, donde todo era luz, que ya su Vicente no le pertenecía. No de ella, no de su hablar cantarino y fresco de antaño, no de su carácter bueno como el pan de trigo, no de su corazón fresco como rocío de mañana, se había enamorado Vicente; solamente los fulgores de sus ojos le turbaron. Y no se casaría con ella. Pero ¡ay de Vicente si otra hembra trataba de arrebatarle su cariño a la ciega! Y sentía calentura de leona celosa la pobre Mari-Juana. Que no la quisiera a ella Vicente, bueno. Le perdonaría. Después de todo, ¿qué era ella, la ciega, más que un estorbo? Pero que Vicente encontrara bonitos otros ojos, aquello iba a ser sonado y vendría en los papeles y en los romances que cantan los ciegos, con voz gangosa, con violines acatarrados, en las ferias de Alba y de Piedrahita, que ella no vería más...

* * *

Vicente tuvo otra novia, María Josefa, la de Valdemierque, muchachota de ojos verdes como sirena de mar, de senos firmes y recios como si fueran de mármol, de cabello castaño. María Josefa era precisamente la amiga de Mari-Juana. Supo la ciega la perfidia del galán. Calló, se reconcentró en su dolor como en rocosa fortaleza, sentada en la cocina de la alquería, insensible, acorchada, meditaba, meditaba la ciega...

Nadie advirtió el silencio, preñado de amenazas, de la pobre Mari-Juana. El aperador nuevo, José Manuel, no tenía tiempo más que para comer, y era tan cerrado de palabra, que apenas cruzó con la ciega unas frases que, queriendo ser compasivas, fueron burlonas. Justo, el hijo del amo, que lealmente que-



— CARLOS VÁZQUEZ —

ría a la ciegucecita, era el único que departía con ella, amablemente, en los ratos ociosos. Las criadas no la consultaban ni le gastaban bromas.

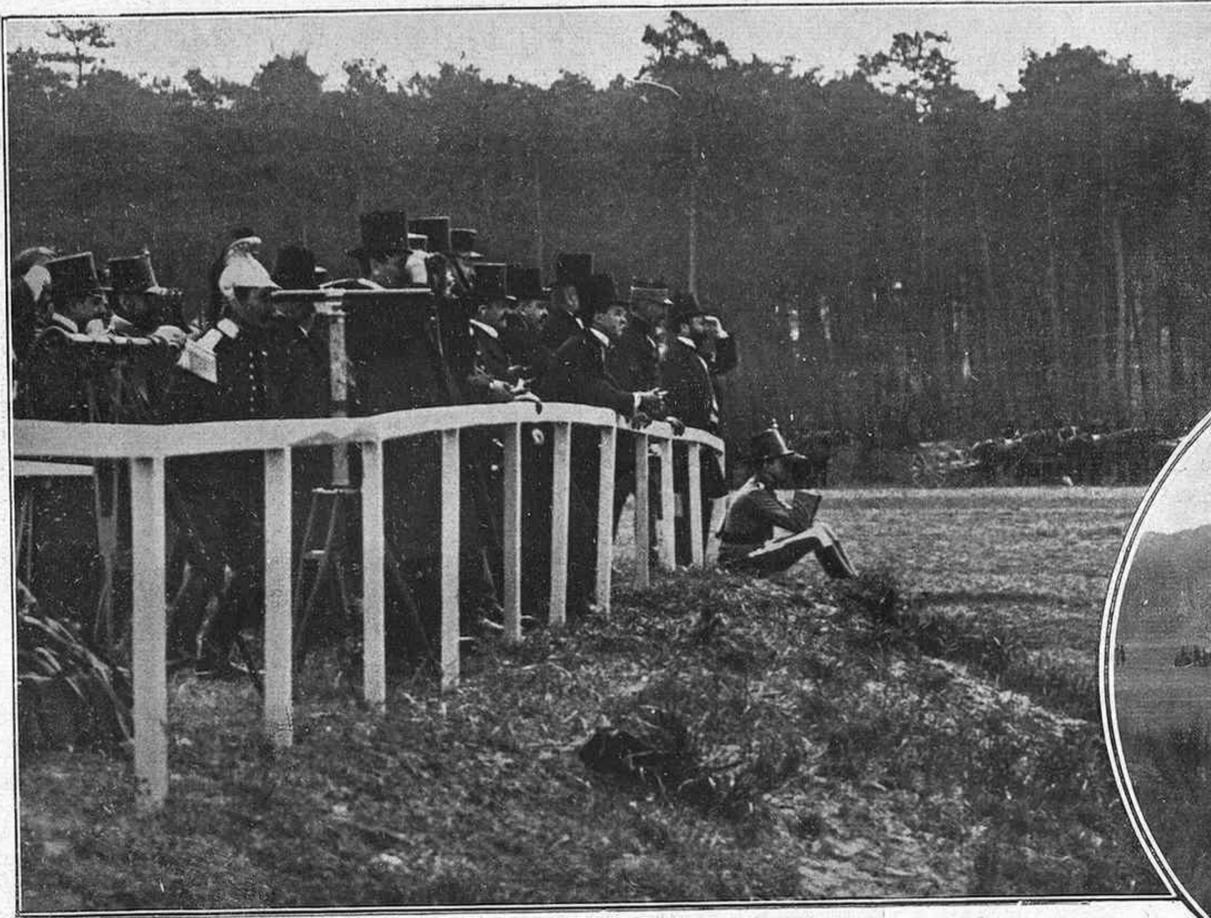
Pareció la ciega olvidarse de su Vicente. Era cosa hecha su boda con María Josefa. El hijo del amo

mente espléndida y que en el momento de los brindis cruzáronse cordialísimos discursos entre nuestro monarca y el Presidente de la República haciendo uno y otro notar la profunda amistad que une a ambas naciones y expresando sus deseos de que sean cada día más estrechos los lazos de unión que entre los dos países existen.

medioeval organizada por la marquesa de Garay con fines benéficos.

Por la tarde, el Rey recibió a la colonia española y después, acompañado del Sr. Poincaré, dirigióse al Petit Palais para asistir a la recepción organizada en su honor por el Ayuntamiento de París.

Después S. M. y el Presidente fueron al aerodromo de Buc, revistaron a los oficiales aviadores y presenciaron las maniobras de algunos dirigibles; luego visitaron el campamento de los aeroplanos, en donde había dispuestos 80 aparatos, y en seguida comenzaron los vuelos que fueron magníficos, resultando aquella fiesta de aviación un espectáculo de una grandiosidad indescriptible. D. Alfonso XIII felicitó efusivamente a los aviadores y se dirigió a la estación de Jouy-en-Josas, en donde estaba formado el tren real en que había de regresar a España. Despidióse afectuosamente del Sr. Poincaré y de los demás personajes oficiales, y poco después el convoy se puso en movimiento, a los acordes de la Marcha Real y entre las estruendosas aclamaciones del público que no cesaba de vitorear a nuestro monarca.



En Fontainebleau. - S. M. el rey D. Alfonso XIII presenciando ejercicios de tiro de la artillería. (De fotografía de M. Rol.)



Ejercicios de tiro de la artillería (De fotografía de Branger.)

asistiría; en septiembre, al recoger las uvas, por San Miguel, se casarían los novios. Y como es costumbre en las alquerías, la novia participaría el enlace. E irían a la ermita del Otero las mozas de los Perales, a horcajadas, en los mejores caballos. Y se cantarían coplas. Y hasta la rosca se danzaría por los mejores bailarines.

Y un día llegó la novia, la misma María Josefa en persona, a dar parte del convite. Besó a la ciega; ni le concedió los honores de la hostilidad siquiera. Habló de su Vicente.

Y... se levantó la ciega, lentamente, a buscar una cosa olvidada. Nadie hizo caso; era la plática animada y alegre. Volvió la ciega a María Josefa; la besó en la frente, y sacando unas tijeras del mandil, las aproximó a los ojos de la novia flámante.

Hubo un grito; los dedos perdieron la dirección; por la frente de María Josefa manaba sangre en abundancia. Sobre las cejas se advertía una honda cortadura. - J. S. R.

Terminado el banquete, celebróse una brillante recepción a la que asistieron el cuerpo diplomático, la colonia española y altas personalidades de la política, de la literatura y de las bellas artes. S. M. recorrió los magníficos salones del brazo de la señora de Poincaré, conversando afablemente con muchos invitados.

A las once, retiróse D. Alfonso XIII a su alojamiento en el palacio del muelle de Orsay.

El día 8 el Rey, acompañado del Presidente de la República, tomó el tren para Fontainebleau adonde llegó poco antes de las nueve y media, siendo allí recibido a los acordes de la Marcha Real, saludado por las autoridades y ovacionado por un público enorme. Desde la estación se dirigió el cortejo oficial al valle del Solle, en donde el Rey y el Presidente revistaron a la brigada de dragones que ejecutó diversas maniobras, y desde allí al Polígono para presenciar los ejercicios de tiro de la artillería, que S. M. siguió con vivo interés.

Terminados los ejercicios, celebróse en el castillo el almuerzo, después del cual efectuóse un *carroussel* en el que tomaron parte cuarenta suboficiales de la escuela de Saumur, que ejecutaron con precisión admirable difíciles ejercicios.

De regreso en París, S. M. fué al palacio del Ministerio de Negocios Extranjeros, en donde por la noche se celebró el banquete con que el ministro Sr. Pichón obsequió a D. Alfonso XIII y terminado el cual dióse en el salón de Embajadores

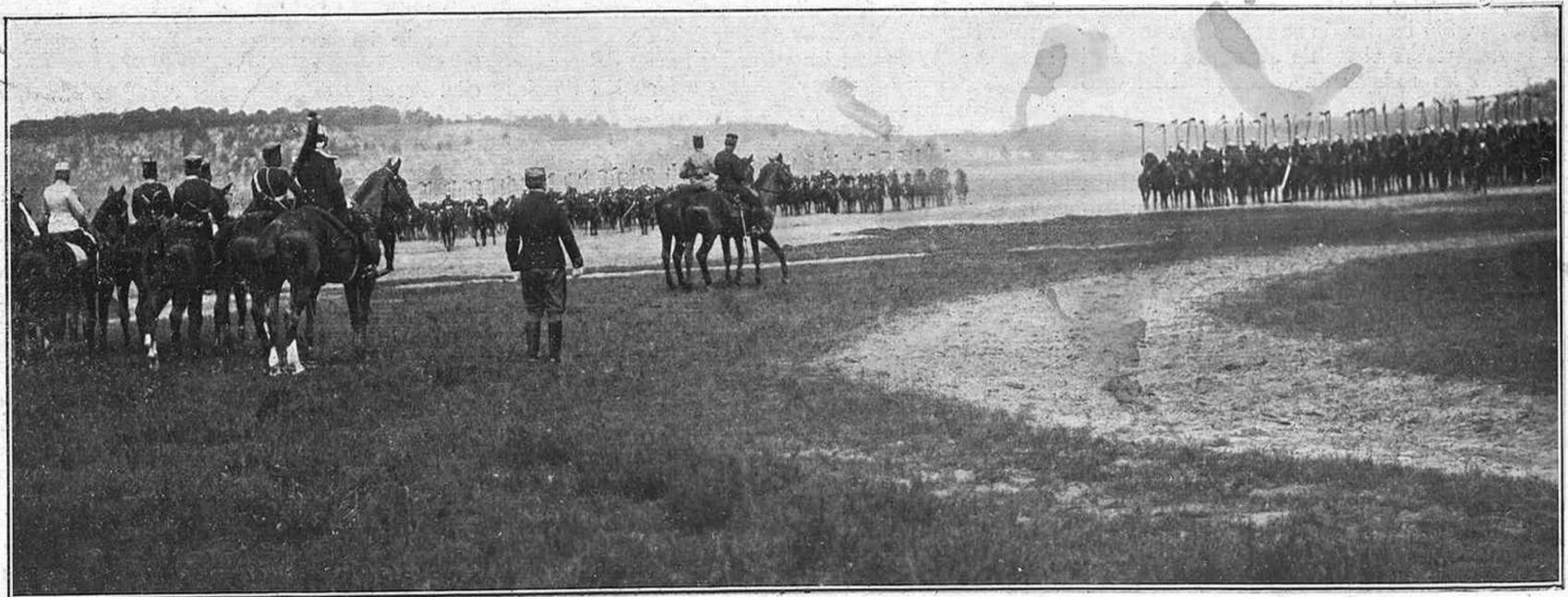
S. M. llegó a Madrid el día 11, pudiendo calificarse de triunfal su llegada a la corte, pues el pueblo en masa acudió a tributarle una ovación indescriptible.

EL FERROL. - BOTADURA DEL «ALFONSO XIII»

Con grandes fiestas se ha efectuado en el Ferrol la botadura del acorazado *Alfonso XIII*, acto que fué presidido por Su Alteza Real la infanta Doña Isabel, en representación de Su Majestad el Rey.

S. A. llegó a aquella ciudad el día 6 de este mes, siendo objeto de un entusiasta recibimiento, y después de asistir al *Te Deum* que se cantó en la iglesia de San Julián, pasó al *Giralda*, de donde desembarcó por la tarde para concurrir a una brillante recepción en el arsenal. Por la tarde hubo fiesta de aviación y por la noche función de gala en el teatro Jofre.

Al día siguiente, S. A. visitó el arsenal y el acorazado *España*, inauguró el nuevo dique Reina Victoria Eugenia y presidió la botadura del *Alfonso XIII*, acto que resultó solemnisimo y que produjo el mayor entusiasmo. S. A. utilizó en aque-



En Fontainebleau. - S. M. el rey D. Alfonso XIII presenciando las maniobras de la caballería. (De fotografía de M. Branger.)

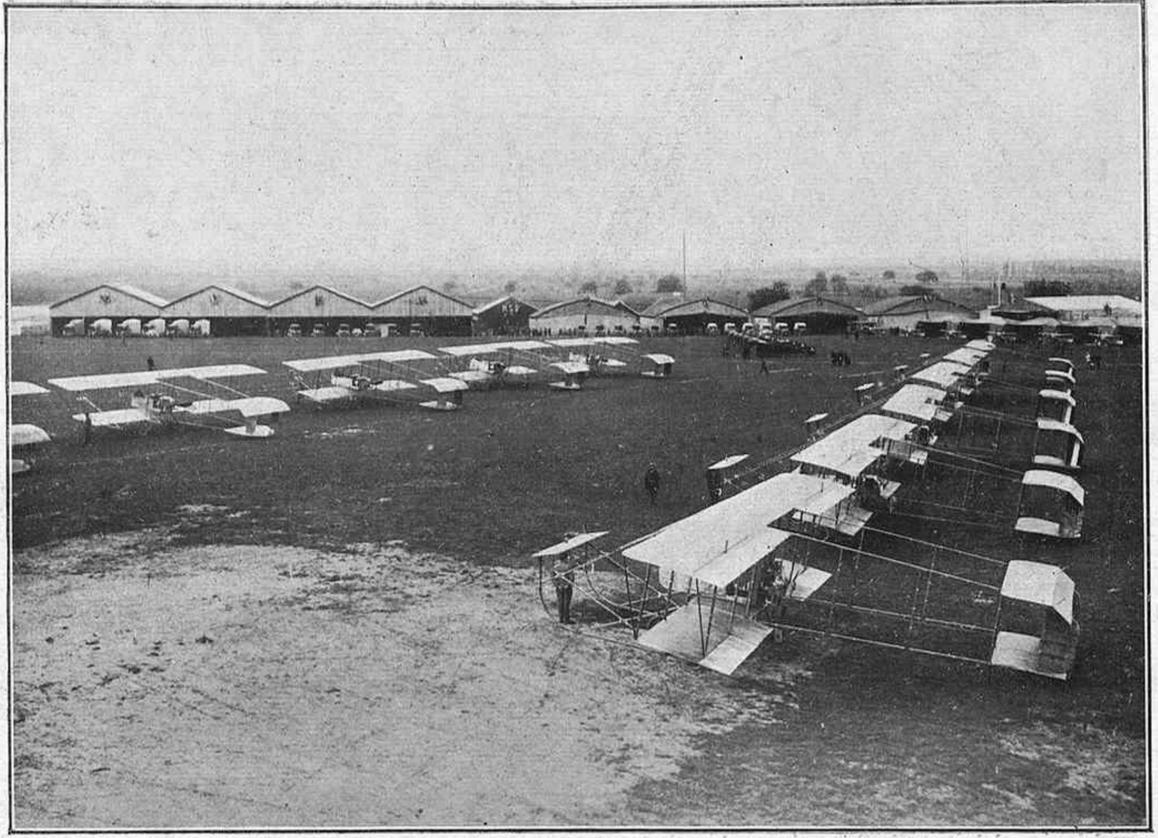
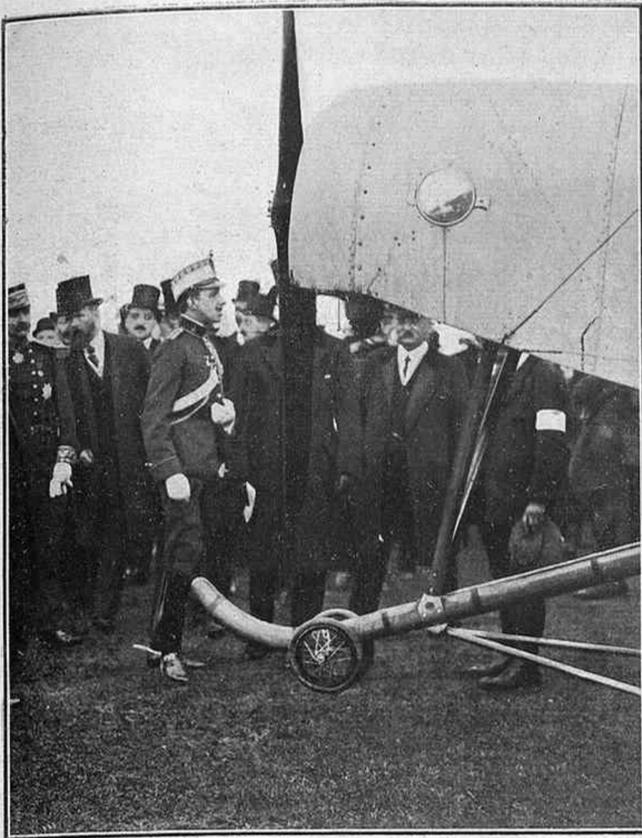
VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII A PARÍS

Continuando la reseña del viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII a París, que comenzamos en el número anterior, diremos que el banquete de gala en el Elíseo fué una fiesta real-

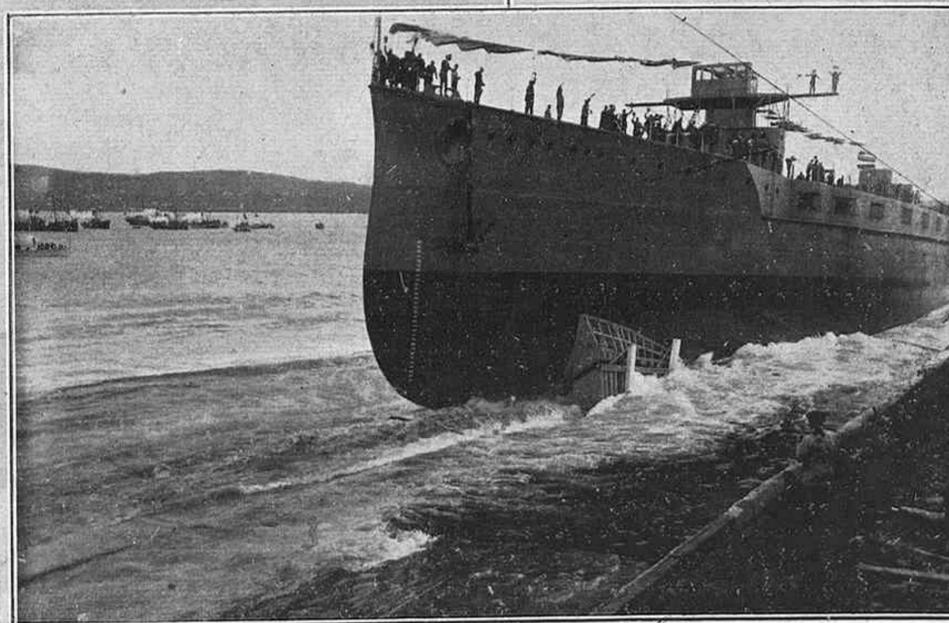
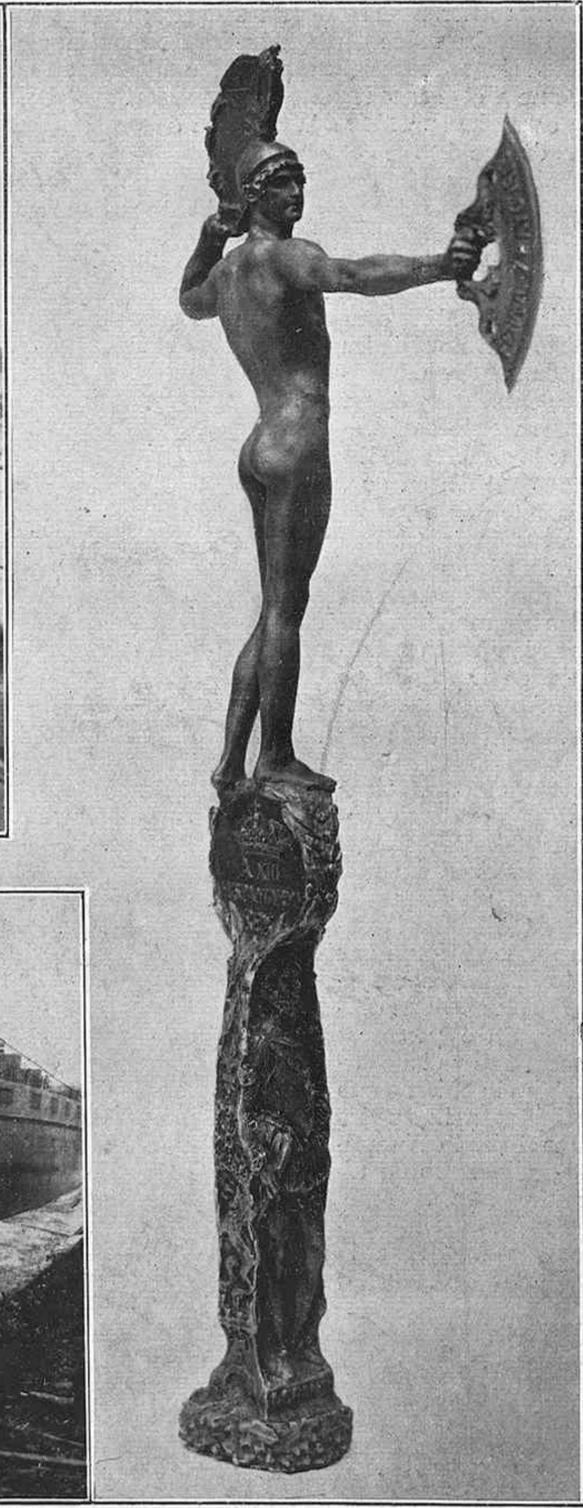
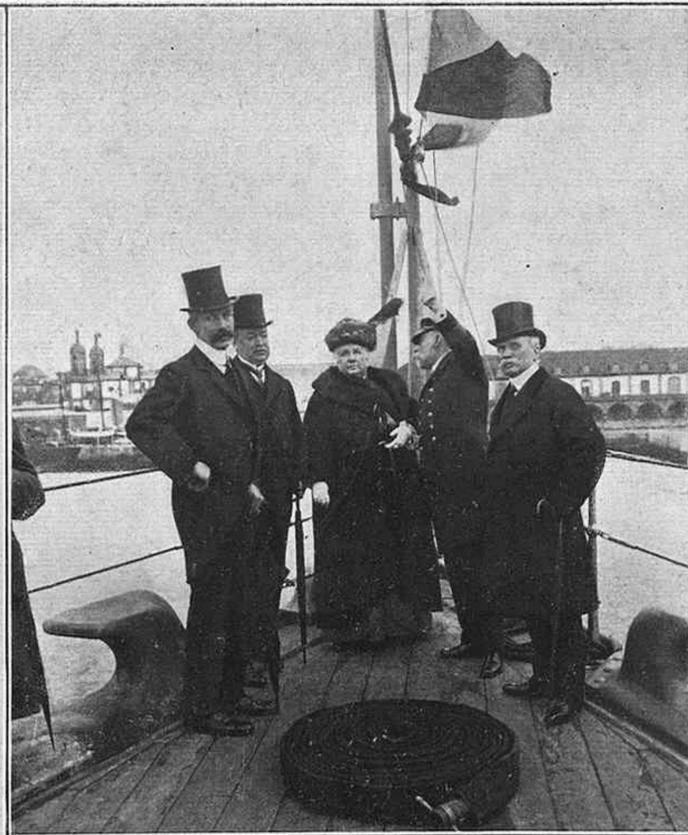
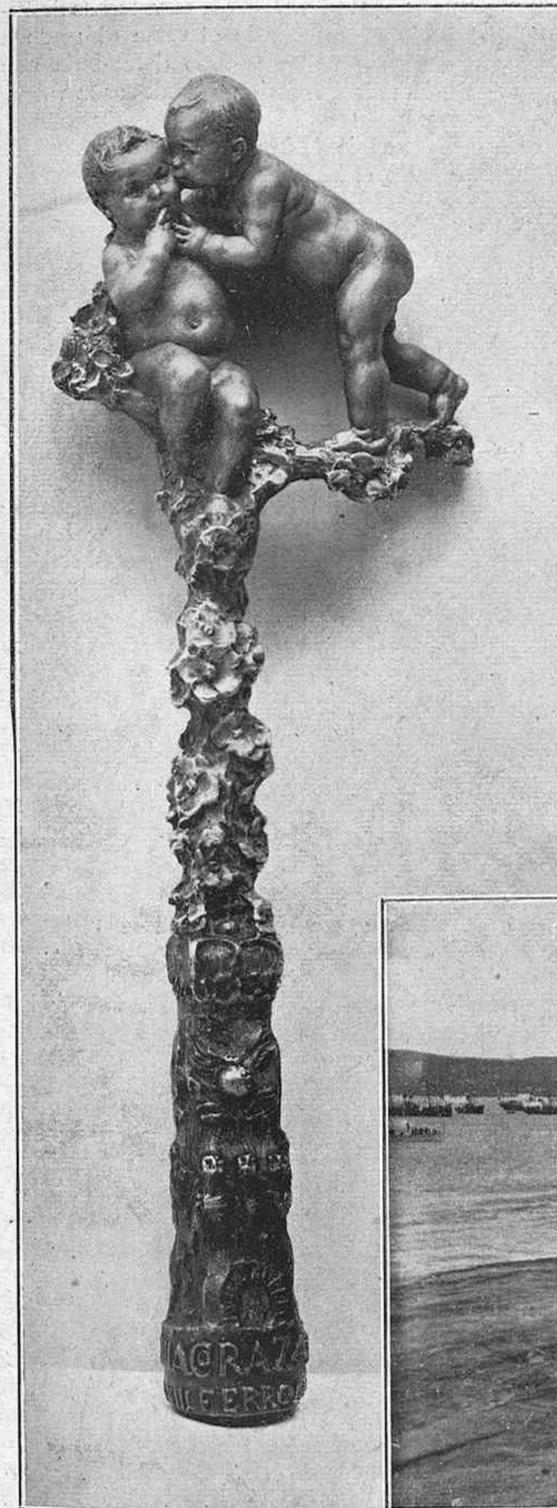
un concierto en el que tomaron parte notables artistas de los principales teatros de París.

Al día siguiente S. M. dió un paseo en automóvil por la ciudad y sus alrededores y luego, en compañía del Presidente de la República y de su esposa, visitó la Exposición de Arte

la ceremonia el sello y el hacha que reproducimos en la siguiente página y que son dos preciosos objetos de arte debidos al ilustre escultor Mariano Benlliure. El día 8 la Infanta fué obsequiada con un te a bordo del *Carlos V* y dió un banquete en el *Giralda*; y el día 9 emprendió su regreso a Madrid.



En el aeródromo de Buc. - S. M. examinando el globo dirigible militar «Zodiac». (De fotografía de Rol.)
 Vista del campamento de los aeroplanos militares. (De fotografía de Branger.)



El Ferrol. - Botadura del acorazado «Alfonso XIII». - Sello regalado a S. A. la infanta Doña Isabel para el acto de la botadura, obra de Mariano Benlliure. - S. A. la infanta Doña Isabel a bordo del acorazado «España». - Momento de ser lanzado al agua el acorazado «Alfonso XIII». - Hacha, obra de M. Benlliure, que utilizó S. A. la infanta Doña Isabel para la botadura y que ha sido regalada a S. M. el Rey. (Fotografías de Asenjo.)

LA CUESTIÓN DE ORIENTE. (Fotografías de C. Trampus y Argus Photo-Reportage.)



Essad-bajá, el defensor de Eskutari que, después de la rendición de la plaza a los montenegrinos, se proclamó rey de Albania.



Evacuación de la ciudad de Eskutari por las tropas turcas, después de rendida la plaza

Las sombras que oscurecían los horizontes de la política internacional se han disipado; la inquietud que pesaba sobre Europa se ha desvanecido; han cesado los temores de que pudiera estallar de un momento a otro una terrible conflagración europea, y la calma ha sucedido a la amenaza de tempestad antes de que ésta se desencadenase.

Montenegro ha cedido en la cuestión de Eskutari que era uno de los principales caballos de batalla del conflicto y esto solo, por decirlo así, ha bastado para despejar la situación que, hace pocos días, se presentaba tan enmarañada. El gobierno montenegrino, a últimos de abril, contestó a la nota de las potencias, manifestando, entre otras cosas, que se reservaba abordar la cuestión de Eskutari el día en que, durante las negociaciones de la paz con el imperio otomano, discutieran los aliados con las grandes potencias la fijación definitiva de las fronteras de Albania. Esta respuesta hacía inevitable la intervención armada contra Montenegro y ya se decía que Italia y Austria se disponían a intervenir, cuando planteada la cuestión de la entrega de Eskutari por el ministerio montenegrino, surgió una disidencia de pareceres entre éste y el monarca; y el gobierno que propuso a la corona una actitud de intransigencia hubo de dimitir ante el firme propósito del rey Nicolás de ceder a lo que de él exigían las potencias.

Y el día 5 de este mes, sir Eduardo Grey leía a los embajadores reunidos en la conferencia de Londres, el siguiente despacho del rey de Montenegro:

«Mi gobierno expuso, en su nota de 30 de abril las razones de su actitud en la cuestión de Eskutari, actitud conforme con los principios imprescriptibles de la justicia. Una vez más afirmo, con mi pueblo, nuestros derechos consagrados por la historia y por la conquista. Mi dignidad, así como la de mi pueblo, no me permitían someterme a intimaciones aisladas.

Confío la suerte de la ciudad de Eskutari en manos de las potencias.»

En vista de este despacho, los embajadores acordaron que el comandante de la flota internacional que bloqueaba las costas montenegrinas, desembarcaría un destacamento de cada una de las nacionalidades que tomaban parte en el bloqueo, y que estos destacamentos juntos ocuparían Eskutari y se encargarían de la policía de la ciudad, mientras no quedase definitivamente resuelta la cuestión de Albania y aprobado el estatuto por que este nuevo Estado habrá de regirse.

tenegrino Becir pronunció un largo discurso enalteciendo la conducta de Essad-bajá, el valeroso defensor de Eskutari, y lamentando el verse obligado a entregar la plaza sin haber podido defenderla con las armas en la mano, forzado a obedecer la voluntad de Europa.

Como consecuencia de la ocupación de Eskutari, ha sido levantado el bloqueo de las costas de Montenegro.

Otro de los conflictos que se presentaban y del cual dimos ya cuenta en la crónica anterior, es decir, la proclamación de Essad-bajá como rey de Albania,

se ha resuelto también satisfactoriamente. En efecto, el jefe del gobierno provisional albanés, Ismael-bajá, recibió en Londres, en donde accidentalmente se hallaba, un telegrama de Essad-bajá, en el que éste le decía que nunca había pensado en ser rey de Albania y que su único deseo era contribuir lealmente, como simple soldado, al desarrollo y al engrandecimiento de su país.

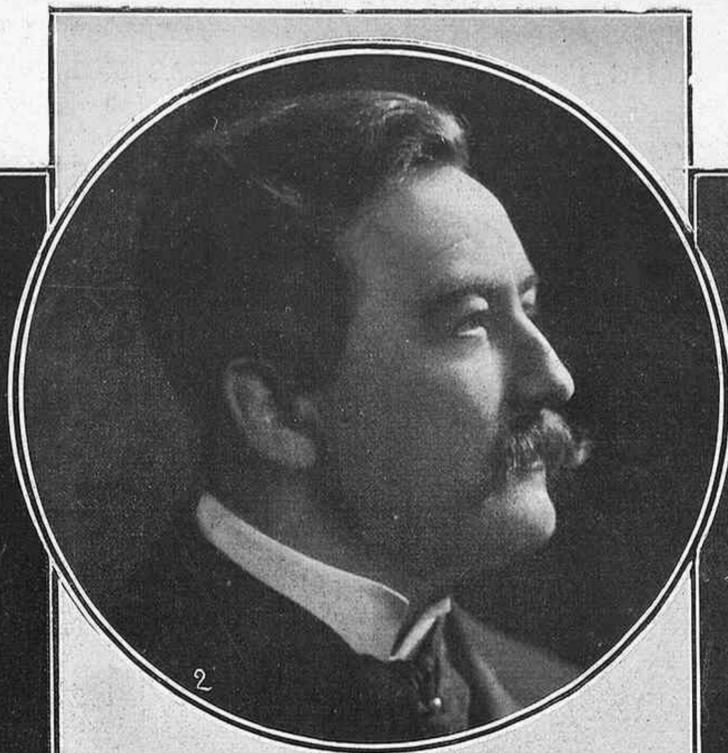
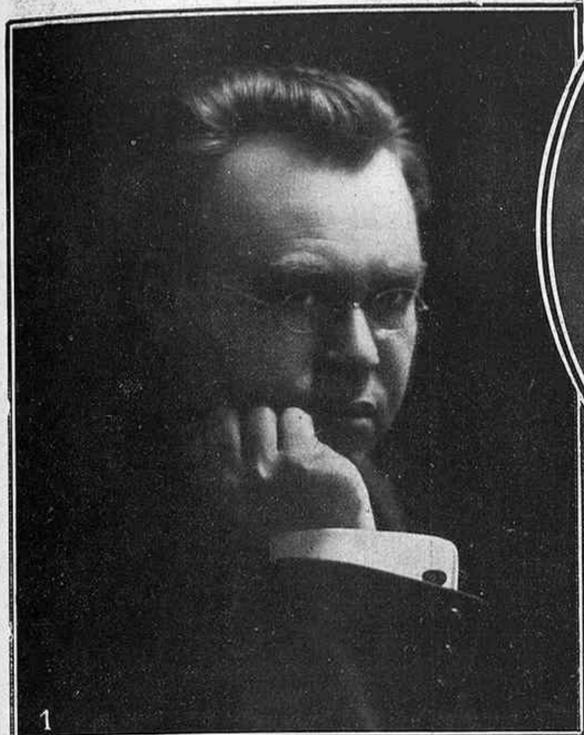
Las potencias han sometido ya a los aliados y a Turquía el proyecto de los preliminares de la paz, que ha sido aceptado sin reparo por el gobierno otomano. En cuanto a los gobiernos aliados, también lo aceptan, declarándose dispuestos a hacer cesar las hostilidades y admitiendo Londres como punto de reunión de la conferencia de la paz, pero hacen varias observaciones respecto de la delimitación de la Albania y de la cuestión de las islas.

Por lo que hace al nuevo Estado de Albania, la conferencia de Londres ha aceptado los puntos de vista expuestos por sir Eduardo Grey, a saber: que habiéndose decidido la creación de una Albania independiente y puesta bajo la intervención de las grandes potencias, debía mantenerse este carácter de independencia y de intervención internacional y únicamente por medios internacionales debía aplicarse el futuro estatuto por que habrá de regirse el nuevo reino albanés. — R.



Conflicto austro-montenegrino. — La movilización del ejército austriaco
Patrulla de soldados austriacos en la frontera de Montenegro

Tres días después, el vicealmirante Burney, comandante de la flota internacional y el gobernador civil de Eskutari, Sr. Plamenatz, firmaban el acta relativa a la evacuación de la plaza, que en seguida comenzaron a abandonar las tropas montenegrinas. Y el día 14 las tropas internacionales, mandadas por el citado almirante, efectuaron su entrada en la ciudad, ocupando los edificios públicos y organizando un servicio de policía. En el acto de la entrega, que se efectuó en el palacio de Hasan-Riza, el general mon-



1. El maestro J. Lamote de Grignón. - 2. El maestro Franz Beidler. - 3. El maestro Luis Millet. - 4. El tenor Francisco Viñas. - 5. Ricardo Wágnner
6. El tenor Juan Raventós. - 7. El bajo Conrado Giral. - 8. La soprano Lina Pasini Vitale. - 9. El barítono Inocencio Navarro

La benemérita *Associació Wagneriana* de Barcelona, que tanto ha hecho en pro del arte musical y sobre todo de la difusión de las creaciones de Wágnner, ha querido solemnizar el centenario del nacimiento del genio de Bayreuth y al efecto ha organizado cinco magníficos festivales, de los cuales se habrá dado el primero cuando se publique el presente número, y que serán como el resumen de la obra artística del músico inmortal. En ellos se ejecutarán fragmen-

tos de casi todas las óperas de Wágnner y especialmente de *Parsifal*, que se cantará poco menos que íntegro, si bien en audiciones sueltas, en forma de concierto. Los conciertos serán dirigidos por los maestros Beidler, Lamote y Millet, y en su ejecución tomarán parte los artistas cuyos retratos publicamos, una orquesta de 130 profesores, una banda y las tres secciones del Orfeó Catalá formando una masa coral de 250 voces.

La reina Elena de Italia es hija de los reyes Nicolás I y Milena de Montenegro y nació en Cetigne en 27 de diciembre de 1872. En 24 de octubre de 1896 casóse con el entonces príncipe heredero de la corona italiana Víctor Manuel, sin que en este matrimonio interviniese para nada la razón de Estado; antes al contrario, la boda se efectuó a pesar de la oposición de muchos y valiosos elementos que querían para esposa del príncipe a una princesa de alguna poderosa casa reinante.

Conociéronse los dos príncipes en Moscú, cuando la coronación del tsar en 1894, y dos años después uníanse en santo matrimonio en Roma. En 1900, el alevoso asesinato del rey Humberto, en Monza, elevó al trono italiano a Víctor Manuel III, y desde entonces la princesa del diminuto Estado montenegrino ciñe la corona de una nación que figura entre las grandes potencias de Europa.

Tan grandioso encumbramiento en nada afectó a la bondad de su carácter ni a la sencillez de sus costumbres; la reina Elena, soberana de Italia, ha seguido siendo siempre la modesta y afable princesa de Montenegro.

Esposa y madre modelo, es también modelo de reinas. Aunque dedicada por completo a la vida del hogar, no descuida un momento los deberes que su realeza le impone para con sus súbditos y dondequiera que es necesaria su presencia para re-



mediar un infortunio o para aminorar las consecuencias de una calamidad o catástrofe nacional, allí acude prodigando el socorro material de su limosna y el auxilio moral de sus cuidados y de sus consuelos.

Así el pueblo italiano siente por su reina verdadera veneración.

La reina Elena es sumamente instruida; habla varios idiomas y siente verdadera pasión por el dibujo y la pintura, que estudió en Dresde. Es, además, una gran nadadora, una admirable cocinera y una tiradora habilísima. Visita casi a diario las cocinas de su palacio y dirige algunos platos cuando no los confecciona ella misma. Su esposo la llama cariñosamente «mi buena cocinera» y dicese que cuando enfrascado en los asuntos de Estado deja pasar la hora de sentarse a la mesa, no resiste al aviso que discretamente hace llegar hasta él la reina, advirtiéndole que espera un plato por ella preparado.

Tiene cuatro hijos: la princesa Yolanda, nacida en Roma el 1.º de junio de 1901; la princesa Mafalda, nacida en Roma el 19 de noviembre de 1902; el príncipe Humberto, nacido en el castillo de Racconigi el 15 de septiembre de 1904; y la princesa Juana, nacida en Roma el 13 de noviembre de 1907.

Los retratos que publicamos de la reina y de las princesas Yolanda y Mafalda están tomados de las últimas fotografías hechas de estas reales personas.



La princesa Yolanda



La princesa Mafalda

La Reina Elena

(De fotografías de Bettini, comunicadas por nuestro corresponsal Carlos Abeniacar.)



La dulcísima Mirentxu, cuadro de Ramón de Zubiaurre



Ocaso castellano, cuadro de Valentín de Zubiaurre

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Becerrada benéfica. - A beneficio del Bazar del Obrero, noble institución que preside la marquesa de San Rafael, efec-

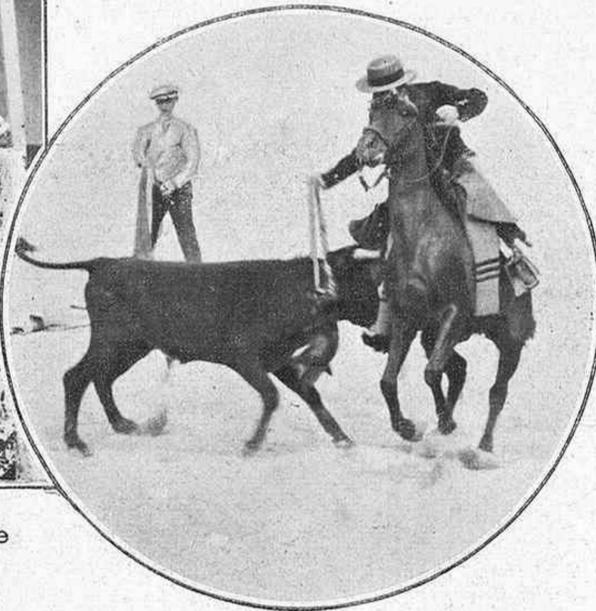


Madrid. - Becerrada celebrada en la plaza de toros de Vista Alegre a beneficio del Bazar del Obrero. La presidencia

tuó en la plaza de Vista Alegre una becerrada en la que se lidiaron seis becerros de la ganadería de D. Ildefonso Garrea y en la que, bajo la dirección del matador de novillos Antonio Lobo, actuaron de espadas los Sres. Ahumada, Armet, Roldán, Rubio (A.), López y Alonso, y de banderilleros los señores Cañedo, Melgarejo, Sevilla, Castellana, de Blas, Gallardo,

del Parque de Madrid. Su Alteza, a quien tributó los correspondientes honores una compañía del regimiento del Rey, fué recibido por el ministro de Instrucción

D. Alvaro de Figueroa, hijo del conde de Romanones, rejoneando un becerro. (Fots. Vidal.)



por el ministro de Instrucción oficiales y por los organizadores y jurados del certamen, y se dirigió al salón central, en donde se efectuó la ceremonia inaugural.

El ministro pronunció un breve y elocuente discurso alusivo al acto, encareciendo la importancia y la influencia del arte en la educación, en la vida y en la sociedad, poniendo de relieve la significación y trascendencia de las artes decorativas en el ambiente de los pueblos modernos, felicitando a los organizadores de la Exposición por su fecunda y feliz iniciativa, llamando la atención sobre los progresos de la industria española y haciendo votos por el éxito de estos certámenes que hacen honor a la cultura y que pueden preparar un plantel de maestros para el porvenir.

Seguidamente el Infante declaró abierta oficialmente la Exposición y acompañado de las autoridades, jurados e invitados, recorrió las salas, deteniéndose ante las instalaciones más notables.

La Exposición se divide en tres secciones: Arte Decorativo, Industrias Artísticas y Enseñanza y progreso de las Artes, la primera de las cuales se subdivide, a su vez, en dos grupos: Pintura Decorativa y Es-

cultura Decorativa. Figuran en la Exposición 542 objetos, la mayoría de ellos muy notables.

Simulacro de incendio del Museo del Prado. - Hace pocos días efectuóse en el Museo de Pinturas del Prado un simulacro de incendio al que concurrió todo el material que posee el Ayuntamiento matritense.

El simulacro, dirigido por el arquitecto jefe del servicio señor Monasterio, fué presenciado por el alcalde accidental señor García Molinas, por el duque de Alba, patrono del Museo, por varios concejales y por numeroso público, y tuvo por objeto apreciar las deficiencias que pudieran ofrecerse en el caso de un incendio en el Museo, a fin de adoptar todas las medidas necesarias para subsanarlas. La iniciativa del Ayuntamiento madrileño es digna de los mayores elogios, pues cuanto se haga, por mucho que sea, ha de parecer poco tratándose de evitar el peligro de una catástrofe que pudiera destruir los tesoros inmensos que el Museo del Prado encierra.

EL TORERO,

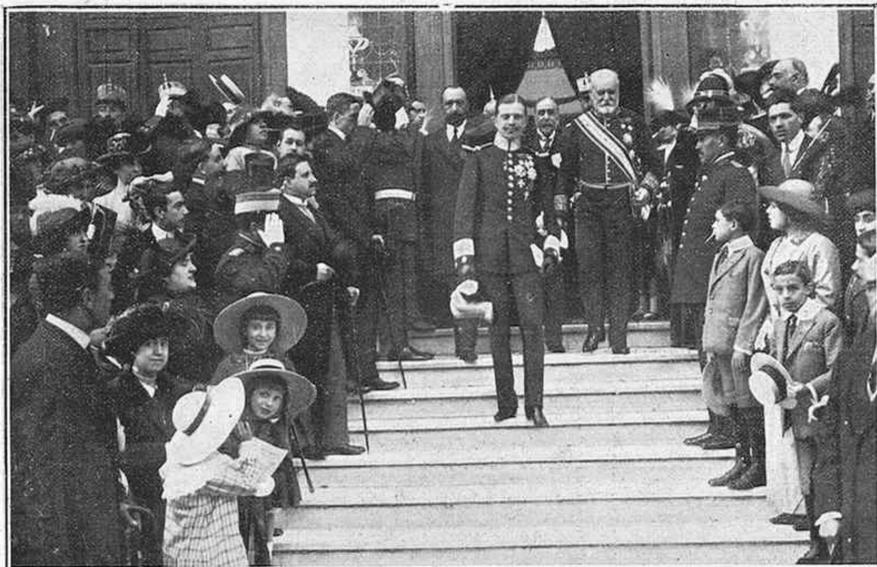
ESCULTURA DE M. REMONDOT

Esta obra, que figura en el Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses que actualmente se celebra en París, es una bellísima representación del tipo del torero. Tiene la estatua verdadero aplomo; hay en la actitud gran naturalidad y en el rostro una expresión adecuada. Es realmente el diestro que se dispone a lucir su gentileza y su valor ante el público congregado en el circo taurino.

El celebrado escultor francés Remondot no ha dejado volar la fantasía, sino que se ha ceñido a la verdad, así en la figura del torero como en la indumentaria, huyendo de los efectismos a que tan propensos son sus compatriotas cuando tratan estos temas.



El torero, escultura de Mario Remondot (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1913.)

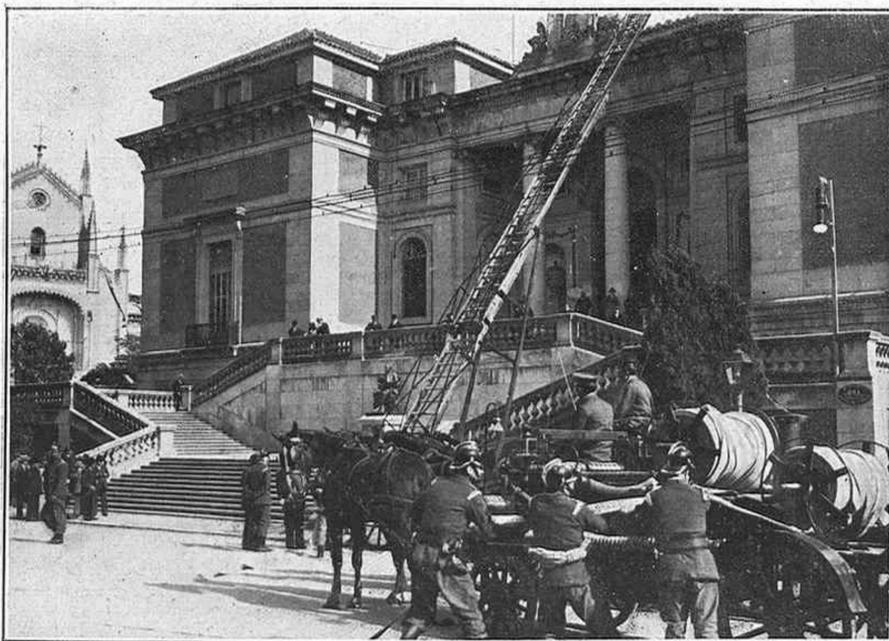


Madrid. - S. A. el infante D. Fernando y el ministro de Instrucción Pública saliendo de inaugurar la Exposición de Artes Decorativas. (De fotografía de M. Vidal.)

Méndez, Trevilla, Rubio (F.), Castellá, Casado y Fernández. La marquesa de San Rafael regaló seis preciosas moñas de violetas y flores blancas adornadas con cintas de los colores nacionales.

La tarde de la corrida, el circo taurino ofrecía brillantísimo aspecto; todas las localidades estaban ocupadas por distinguida concurrencia, en la que predominaban lindas muchachas tocadas con mantillas de madroños y adornadas con profusión de claveles; y en la presidencia se hallaban, elegantemente ataviadas y luciendo también todas ellas la mantilla clásica, las bellas señoritas María Figueroa, María de la Palma Asmet, Adela Martínez, Anita Mauro de Zúñiga, Pilar Gómez y Carmen Biciñana, acompañadas de la marquesa de San Rafael.

Dos de los becerros que se lidiaron fueron rejoneados por los distinguidos *sportsmen* D. Carlos y D. Alvaro de Figueroa, hijos del conde de Romanones, quienes escucharon muchos aplausos por el arte con que realizaron su cometido.



Madrid. - Simulacro de incendio del Museo de Pinturas del Prado (De fotografía de M. Vidal.)

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LOS FABRECÉ

NOVELA ORIGINAL DE PAUL MARGUERITTE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

En París, después de haber preparado una maleta con la ropa indispensable, Enrique Le Jas tomó en la estación del Norte el rápido de Bélgica.

Juan Marcos fué a casa del procurador y luego al hotel en que se hospedaba Polotzeff.

No quería que su padre se comprometiese en una explicación con Sergio. Quería verle y hablarle por su cuenta. No quiso hacerse anunciar.

Tomó el ascensor y llamó directamente a la puerta numerada de la habitación que ocupaba su cuñado.

- ¿Quién?, preguntó una voz recelosa.

Y Sergio, en batín morado con listas amarillas, abrió con prudencia.

Retrocedió en presencia de Juan Marcos; una sonrisa inquieta e insolente dió un extraño carácter a su rostro patricio de una palidez mate, acentuada por un cráneo enorme y un óvalo puntiagudo que se adelgazaba hasta la bifurcación de su perilla.

Medio calvo, tenía una gran nariz aguileña y, bajo su fino bigote rubio, unos labios sinuosos de una movilidad extrema.

Sus ojos, muy hermosos, muy grandes, giraban en todos sentidos con brillos falsos. Toda su persona, delgada y airosa, atestiguaba la raza; pero la degeneración se manifestaba en la hinchazón de los párpados, en la palidez de las manos con largas uñas curvas, unas manos secas, apergaminadas y rugosas como patas de ave.

Así y todo, producía una seducción extraña que hacía pensar en la de algún paje de Enrique III pintado por Clouet, y pedía la gorguera almidonada y la gorra de terciopelo. También buscaba uno la daga de afilada punta en el cinto.

- Hemos recibido su carta, dijo Juan Marcos dominándose. ¿Es un bluff, verdad?

El contraste entre los dos hombres era notable: Juan Marcos respiraba salud y fuerza, el origen plebeyo apenas refinado por dos generaciones. De un revés hubiera derribado aquel hombrequito invulnerable en virtud de las leyes que le investían de un poder de regalía sobre inocentes y víctimas.

Sergio Polotzeff miraba con suma atención las manos enguantadas de su adversario. ¿Recibiría un bofetón a palma abierta o un *swing* a puño cerrado? Sus pupilas se habían turbado un instante. Pero adivinó en seguida que Juan Marcos no le tocaría y recobró su aplomo.

- Permítame usted que le diga que encuentro su pregunta incorrecta. No reconozco a nadie el derecho de interponerse entre mi mujer y yo.

Tenía una voz penetrante, a la cual su emoción nerviosa daba entonaciones de falsete. Y bajo la sonrisa del hombre de mundo, se exteriorizó una expresión fría y rencorosa, como de reptil, que Juan Marcos observó por primera vez. A éste se le subió la sangre a la cabeza y replicó:

- ¿Ni aun para parar los golpes que usted le da, miserable?

- Nunca he puesto la mano sobre ella, protestó

Sergio, apoyándose en un revestimiento de madera, acababa de apretar un botón eléctrico...

- No le retengo a usted, dijo con exquisita cortesía. Hasta la vista.

Y al criado:

- Acompañe al señor.

El respeto humano, en presencia de aquel hombre, serenó a Juan Marcos. Éste miró de alto abajo a Polotzeff que, lleno de dignidad, se burlaba ahora de él con aire desdeñoso; se abstuvo de decir una sola palabra que no hubiera podido ser más que un insulto y salió furioso contra sí mismo, contra la inutilidad de su visita y contra su impotencia. A toda costa hubiera debido hacerle polvo.

Estaba aún carmesí, cuando provisto de una caja de dulces, llegó a casa de su amiguita Suzette Hycler, de los Bufos.

VI

Sofía no experimentaba impunemente los efluvios de la Primavera. Había, además, aquella atmósfera de amor que la rodeaba, y de la cual tenía, por lo tocante a Simona, revelaciones demasiado ciertas, cuando respecto a Oliverio y al Chino, permanecía en una semiignorancia, en que sólo sus presentimientos discernían probabilidades.

Que Oliverio se hallaba bajo la influencia de las Sarnel era indiscutible; y hubiera sido de desear que el Cónsul se preocupase menos de los hermosos ojos de la señora Vera Belloni.

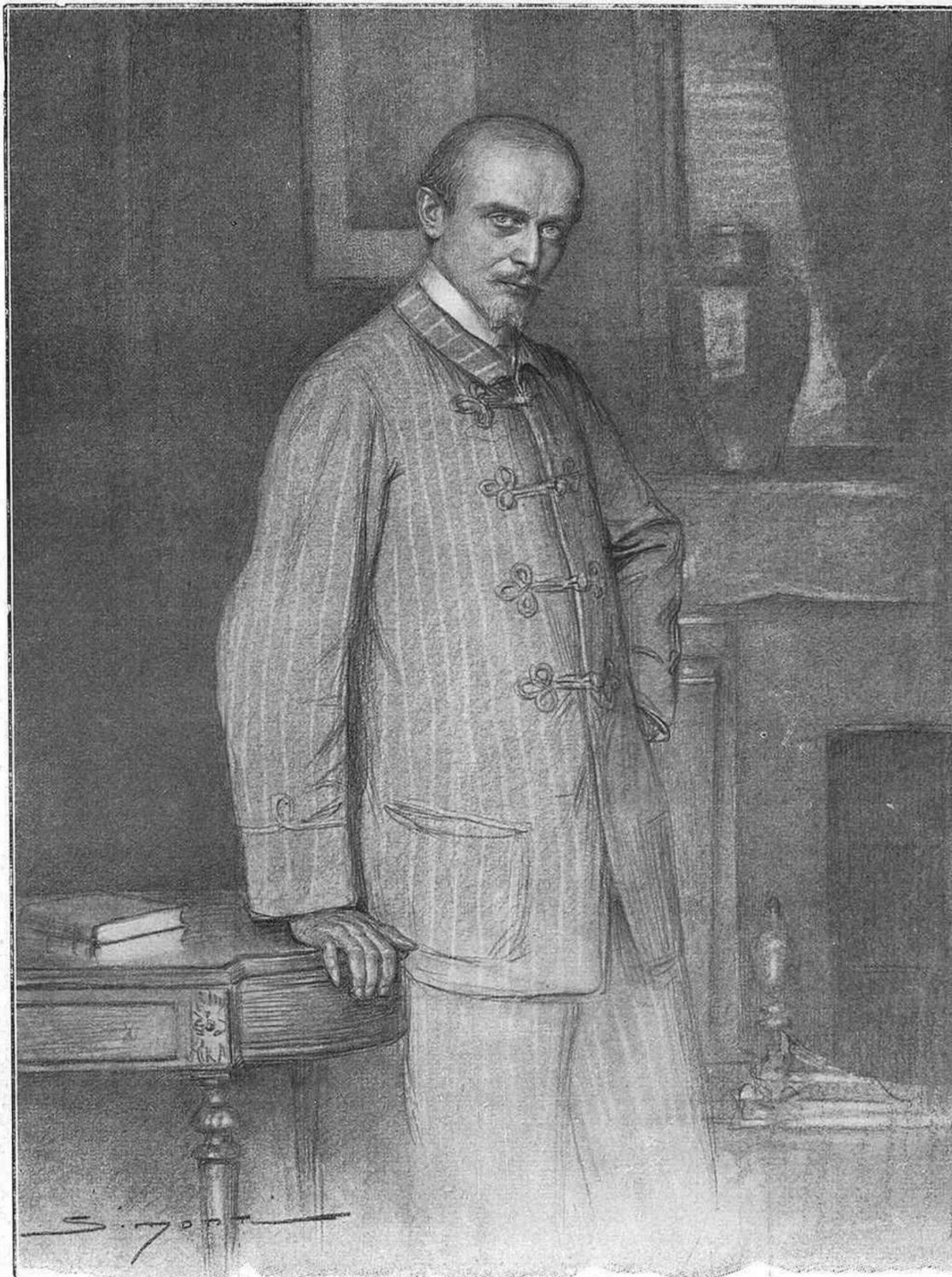
Hasta los amorosos celos de Armada echaban su nota en aquel concierto de impresiones trastornadoras, a las cuales Sofía no podía permanecer insensible.

Ligeros síntomas marcaron en ella sus efectos; unos naturales, como jaquecas y tufaradas de calor; otros artificiales y no menos reveladores: llevó blusas claras y modificó su peinado, lo cual cambiaba su fisonomía al extremo de dividir la opinión, pues mientras que unas personas la preferían así, le aconsejaban otras que volviese a su moño hueco, cosa que ella hizo.

Por su parte, el Sr. Virquot se abandonaba, durante el trabajo, a distracciones insólitas. Una dote y esperanzas magníficas le hipnotizaban. Una combinación de matrimonio, a la cual había consagrado largos y prudentes trabajos de zapa, acababa de fracasar. Y, por otra parte, había descubierto que una joven pasamanera, a la que honraba con sus economías y semanales favores, le engañaba con un fabricante de ataúdes. Esto le causaba una melancolía que sentaba bien a su tez; y en vez de llevar su invariable levita negra, vestía ahora de chaqué color de chocolate y guantes amarillos.

Meditaba dar un gran golpe, pero ¿cómo? El corazón de las mujeres es un enigma; unas se deleitan con la poesía, y a otras no les gusta más que el aspecto práctico de las cosas. No podía tocar la guitarra, por las noches, al pie de la ventana de la señora;

otros artificiales y no menos reveladores: llevó blusas claras y modificó su peinado, lo cual cambiaba su fisonomía al extremo de dividir la opinión, pues mientras que unas personas la preferían así, le aconsejaban otras que volviese a su moño hueco, cosa que ella hizo.



Sergio Polotzeff

Sergio sin convicción. ¿Qué fábula es ésa? Un caballero como yo... ¿Es ella la que cuenta esas infamias?

Y añadió con aire compungido:

- Ya sabía yo que a veces estaba mala de la cabeza; pero no a tal extremo.

A Juan Marcos le costó trabajo resistir el vehemente deseo de derribarlo y hacerlo crujir bajo sus pies como una cáscara de caracol; Polotzeff debió leer en sus ojos aquel deseo expresivo, pues creyó prudente refugiarse detrás de una ancha mesa.

- No le falta a usted descaro, dijo al fin Juan Marcos estupefacto. Sólo he venido a decir a usted lo siguiente: Simona no volverá a poner los pies en casa de usted. Y en cuanto a los hijos, los guarda.

- Muy bien, dijo Polotzeff, voy a acudir al tribunal.

- Y ella también.

- ¡Perfectamente! Habrá con qué salpicar a todos los Fabrecé presentes y futuros.

- ¡Canalla!, rugió Juan Marcos, cruzando convulsivamente los brazos, de lo contrario...

Apareció un camarero de frac. Disimuladamente,

rita Fabrecé, ni salvarla súbitamente de las llamas o de las ondas que no afrontaba, sin contar que él le tenía tanto miedo al agua como al fuego. Una corte discreta y prolongada ofrecía ventajas, pero también tenía sus inconvenientes; ¡si alguien más listo y seductor le sopla la dama! Los obsequios suelen ser bien recibidos; pero, ¿qué iba a regalarle?

Trató de recordar los gustos de la señora Sofía y, después de haber luchado contra su sórdida avaricia, resolvió ofrecerle un bocal de peces encarnados. Habiendo averiguado discretamente el cumpleaños de la señorita Fabrecé, le pareció que sería galante escoger aquella fecha.

Desgraciadamente, nada podía ser tan desagradable a Sofía; la idea de que veía reverdecer su trigésimasexta primavera amargó de una manera terrible el placer que, sin eso, le hubiera causado el globo transparente en que los infelices ciprinos no podían moverse sino en círculo, hélice o espiral. De la untuosa intención del Sr. Virquot subsistió para ella un malestar agriado por el ridículo. Además, el ingeniero se había perfumado en demasía con esencia de violeta, que ella no podía sufrir.

Sin embargo, el tiempo había de disipar en ella aquel disgusto, y lo que Virquot había perdido por exceso de confianza en sí, iba a recuperarlo con su aire doliente y sus humildes suspiros. Sofía no pudo disimularse que era objeto de una pasión oculta, y, aunque conservó su actitud de altiva dignidad, se acostumbró a formar del Sr. Virquot un juicio bastante favorable. A veces, cuando distribuía huevos de hormiga a los peces encarnados, se quedaba pensativa, siguiendo las codiciosas correrías a que se entregaban con la boca abierta y grandes coleadas.

Antonio no había vuelto a ver a Miguita en toda la semana. Su madre se la había llevado a Nemours so pretexto de cuidar a la tía enferma. Contaba verla en el mercado de Fontainebleau, donde era raro que no acompañase a su padrastro en el pequeño carrito inglés tirado por Biskri, un viejo y pequeño jaco velludo como un oso, y escoltado por Pompón, que no faltaba nunca en la fiesta.

Pero en vano buscó Antonio por todas partes. No encontró a la que buscaba. Tampoco encontró a Biskri en las cuadras vacías de la posada del «Mono de Oro», ni vió a Pompón por ninguna parte.

Se decidió ir a Val-Changis. El viejo arbolista le recibió de mal humor, mejor dicho con tristeza. Su sordera no facilitaba la conversación, y quizá la exageraba adrede. Respecto a Jenny-Rosa y a su regreso, Antonio no pudo sacar en limpio más que esta frase obstinada:

— Ella tiene sus ocupaciones, señorito Antonio, como usted las suyas.

Aquel padrastro tenía una buena cara de caballo viejo, ojos cansados y aspecto de honradez. Retorcía entre sus dedos una brizna de juñco y fijaba en el joven una mirada indecisa, en que era fácil leer un reproche.

— Vamos a ver, mi buen Maldant, gritó Antonio a su oído izquierdo — el mejor —, todo eso son evasivas. ¿Por qué me oculta la verdad? ¿No tiene usted confianza en mí?

El viejo meneó la cabeza; había oído perfectamente.

— Los jóvenes son jóvenes, señorito Antonio, y les gusta divertirse; pero el placer pasa de prisa y la pena queda.

— ¡Yo no quiero causar a usted pena!, exclamó Antonio.

— ¡Si los vecinos no oyeran!..

— Usted no es malo, concedió Maldant. Pero ya no es Jenny-Rosa una niña. Es preciso que ponga juicio y seriedad. Aunque gente sencilla, tenemos nuestro honor, nosotros.

Antonio, renunciando a convencerlo, partió desalentado para Nemours, donde no encontró más que a la tía, vieja quejumbrosa. Su hermana acababa de partir.

— ¿Con Miga?

La mujer se hizo repetir este nombre que no figuraba en el calendario.

— ¡Ah! ¿Jenny-Rosa?..

Y mirando de pies a cabeza al joven, con una astucia de campesina recelosa, se puso otra vez a gemir; su clática le taladraba el muslo, como si la pasara una sierra a lo largo de los huesos.

Él le hizo una porción de preguntas. La vieja se lamentó más fuerte, pero eludió toda contestación, sino que Noemia habría regresado aquella misma noche o el día siguiente a Val-Changis.

Cada vez más preocupado, Antonio volvió a la casita del jardinero. En vano llamó; las ventanas permanecieron cerradas; nadie le contestó. Las cosas iban mal para él. ¿Qué ocurría? ¿Acaso Miguita

estaba enferma? ¿Querían alejarla? ¿Cómo no le había escrito nada? ¿Habían interceptado la carta? Conocía muy bien a Noemia y a Maldant, y no les consideraba capaces de haber hecho por sí mismos... ¿Entonces habían obrado bajo la influencia de alguien?

«Me parece que acierto, murmuró Antonio; eso es cosa del Gobernador. En este caso...»

Después de una noche de inquietud, volvió a Val-Changis. El tío Maldant estaba ausente, lo mismo que Biskri y Pompón. Pero encontró en la cocina a Noemia que, con los ojos encarnados, pelaba patatas.

— ¡Ah!, exclamó ella con brusquedad; ¡eres tú! No busques, muchacho. El pájaro voló.

Era alta y gruesa, su cara mofletuda respiraba salud, tenía los ojos claros y la boca espesa.

— Noé, dijo Antonio, dándole el nombre que le daba cuando pequeño; siento demasiada inquietud. ¿Dónde está Miga? ¿Por qué se marchó? ¿Adónde se la han llevado? Quiero saberlo.

La exnodriza se puso colorada y replicó con una violencia que ocultaba su enojo:

— ¡Quieres!, ¡quieres!.. ¿Quién manda en tu casa? ¿Mandas tú o?..

La vieja se mordió los labios.

— Juan Marcos te habló mal de mí, dijo el muchacho con dulzura. Hubieras podido demostrarme más confianza, Noé.

— Y tú, replicó ella apaciguada, porque adoraba a su hijo de leche, ¿no has engañado a tu vieja nodriza, que no desconfiaba de ti?

— No he hecho nada malo, y Miguita tampoco.

— A ver, dijo Noemia mirándole en los ojos con un resto de cólera mezclada de piedad; pero has dado que hablar, y como te ha dicho el padre, tenemos nuestro honor. Hay que dejar a Jenny-Rosa tranquila, amigo mío.

— Pero, por Dios, Noemia; ¿no ves que amo a tu hija? ¿No ves que amo a tu Jenny-Rosa?

— Ahí está la desgracia, si eso es verdad, muchacho. Yo siempre había creído que era pura amistad, y nada de amor. Venías, la encontrabas, y yo os dejaba ir juntos porque no veía en ello ningún mal. Pero desde el momento que no eres razonable, y mi hija tampoco, no había más que separaros. Resignate. La chica no volverá como no partas de viaje como quiere tu...
Otra vez se interrumpió en seco.

— Mi buena Noemia, suplicó él, dime dónde está Miga. Estoy como un alma en pena. Piensa que no se trata de un amorello. Es cosa seria; yo sufro.

— ¿Y piensas que a mí me divierte alejar a mi hija única? ¡Y mi pobre marido que se encantaba mirándola desarrollarse como una rosa de mayo! Pero ante todo, el deber, Antonio. Y hemos de saber respetar a nuestros bienhechores. Antes que dar pena a tu padre y a tu madre; me dejaría cortar esta mano. Tu... y bien, sí, ¿por qué no decirlo?, tu hermano tiene razón en no querer que te enamores de una muchacha con la cual no puedes casarte, porque todo el mundo se reiría de ti, y a la cual supongo que no quieres desgraciar, porque la gente honrada y tu conciencia te condenarían. Ten valor; todos necesitamos tenerlo. No pienses más en ella, muchacho, y sigue por el buen camino.

Había en Noemia más de un sentimiento. La lealtad de su conducta no excluía una involuntaria amargura. Sin quererlo, Juan Marcos la había mortificado. Bueno, pero brusco, la había comprendido mal, se había descompuesto, había dicho palabras ofensivas, hasta había ofrecido dinero, cosa que ella y el padre no le podrían perdonar.

No, al ver aquel rostro sano, aquella mirada franca bajo los mechoncitos rubios y plateados que desbordaban de su cofia, Antonio no pudo dudar un instante de la veracidad de Noemia, cuando hablaba de honor.

No había seguramente en ella ninguna segunda intención, ninguna solapada esperanza fundada en él, en provecho de su hija pobre. De esto estuvo seguro.

Pero la nodriza tenía su orgullo sensible, como los humildes constantemente sacrificados; aquella historia, al herirla en su altivez maternal, le dejaba un rencor humillado, mucho menos para con su hijo de leche, causa primera de la algarada, que contra Juan Marcos, cuya intimación ella había seguido, sin ambages, ciegamente.

— ¿Dónde está Miguita?, repitió Antonio, dímelo si me quieres un poco.

— No me lo preguntes, Antonio, porque no te lo diré; lo he prometido.

— ¿Por qué has prometido eso?

— Obré conforme a mi manera de pensar.

— Vamos, un buen movimiento, ¿Dónde está Miguita?

— No trates de verla, te digo. Me he dado un puntito en la boca.

El muchacho conocía la obstinación de su nodriza. En vano se enfadó, imploró, amenazó con hacer un escándalo, con desbaratar los planes de Juan Marcos, con hacer no sé cuántas locuras; ella se mantuvo firme, esclava de su palabra.

Él acabó por calmarse:

— Pues bien, Noé, no estoy enojado contigo. Te considero como una segunda madre, y has de saber que todavía te quiero más ahora que antes. Pero has de saber también que no tengo más que una palabra, y un día u otro, quiera o no el diablo, y plazca o no a mi familia, a pesar tuyo y a pesar de tu marido, aunque tenga que renunciar a todo cuanto poseo, y cavar la tierra para ganar la vida, Miguita — ¿oyes? — Miguita, a quien amo más que a todas las cosas de este mundo, Miguita será mi esposa.

Noemia le miró partir, agitada:

— ¡Ese Antonio está loco! Con seguridad va a hacer locuras. Y mi Jenny-Rosa está tan loca como él. No ha cesado de llorar.

Encogióse de hombros y se puso otra vez a pelar patatas. De vez en cuando se enjugaba los ojos con la punta del delantal. Y sin embargo pensando en el gran amor de su hijo de leche por su hija, no podía menos de sonreír un poco, maliciosa y conmovida. Por más que se sepa que una cosa es imposible, su idea confusa causa a veces placer, como un absurdo y hermoso sueño.

Antonio se dirigió hacia los Establecimientos.

Juan Marcos le había jugado una mala partida y las cosas no podían quedar así.

Pero el jefe había vuelto a la quinta. El viejo capataz Gibal le había visto saltar en el tren un cuarto de hora antes.

«Nada pierdo por esperar», pensó Antonio.

Dos caballos ensillados esperaban delante de la marquesina, para el pasco por el bosque del Sr. Fabrecé y de Juan Marcos.

Al aparecer éste con botas y espuelas, látigo en mano, Antonio se le acercó y le dijo:

— Una palabra Juan Marcos: ¿Dónde está Miga? Hazme el favor de decírmelo.

Juan Marcos frunció las cejas:

— Más tarde.

— No, Juan Marcos. Ahora mismo. Has obrado mal conmigo.

— He obrado por tu bien.

— Te has extralimitado de tus derechos. Soy mayor de edad.

— Pues pórtate como un hombre y no como un chiquillo.

— Eso no es contestar. ¿Dónde está Miga?

— Aquí viene papá, déjanos.

— No.

Y Antonio, levantando la voz y descubriéndose, dijo:

— Papá, dispéñeme: apelo a usted de la autoridad de Juan Marcos; ha alejado a Miga, mi hermana de leche, porque la amo; ¿se lo ha dicho a usted?

El Sr. Fabrecé aun tenía arrogante aspecto en traje de mentar que le rejuvenecía. Irguió su elevada estatura y dijo con firmeza:

— Acabo de saberlo, Antonio. No puedo censurar enteramente el acto de Juan Marcos que es el hermano mayor y ha creído obrar bien.

— Padre, ¿le parece eso perfectamente justo?

El Sr. Fabrecé no difería nunca un deber por un placer, y la invocación de su hijo le había impresionado.

— Paseen los caballos, ordenó. Montaremos más tarde. Vamos al salón de fumar.

Y allí, en presencia de Juan Marcos descontento, alijo a Antonio:

— Te lo declaro francamente, reproché a Juan Marcos su precipitación. Mortificó a esa buena gente, cuando estoy seguro de que había que dirigirse únicamente a ti, a tu buen sentido y a tu nobleza.

— Padre, yo...

— Ya sé, amigo mío. Quieres casarte con Jenny-Rosa. Ese deseo no tiene nada de vergonzoso. Tu abuelo se casó con mi madre, y ambos eran campesinos sin fortuna.

Antonio dirigió a Juan Marcos una mirada de reto satisfecho.

— Era tu abuelo, prosiguió el Sr. Fabrecé, el fundador de la familia. De esos orígenes modestos y respetados procedemos, no lo olvido. Pero la ley de la vida y del perfeccionamiento, de la ascensión, si lo prefieres, nos domina. Si me casé con tu madre, una Siglet-du-Salt, no fué por vana ambición, sino por esa adaptación lógica e imperiosa a lo que Paul Bourguet llama «la etapa», y que levanta la generación que sigue a un grado superior. Ninguno de nos-

otros debe retroceder en ese desenvolvimiento moral, mental y social. Sé que Jenny-Rosa es una buena y encantadora muchacha, que su madre y su padrastro son honrados y laboriosos. Si te digo, y puedes fiar en mi experiencia, que ese matrimonio es imposible, no es que implique una exclusión de personas, sino de casta: empleo esta palabra incompleta a falta de otra.

— ¡Padre, usted que ha defendido la igualdad, usted que contribuye a dictar leyes de progreso y de justicia!.. ¿Y aun cuando con ese matrimonio viniese yo a menos?, cosa que no puedo creer, repuso Antonio.

— Vendrías a menos, tenlo por seguro; eso sería una verdadera decadencia, no en sí, sino respecto a todos aquellos con quienes eres solidario, y respecto a ti mismo que eres de la familia. No eres un individuo aislado; beneficiando de las ventajas colectivas, tienes obligaciones altruistas, y así como te debes a tu patria, te debes, como todos nosotros, a tu familia.

— Jenny-Rosa y yo viviríamos aparte, sin causar molestia ni inquietud a nadie.

— Hubieras infringido tus funciones de Fabrecé, amigo mío; formas parte de un conjunto de necesidades, de conveniencias, de fuerzas unidas, que ninguno de nosotros tiene derecho a mermar.

— Sin embargo, yo amo a Míga con todo mi corazón; la he amado siempre.

— Reconozco que ha sido una imprudencia de nuestra parte el no combatir más pronto esa familiaridad; pero eso no cambia en nada el hecho esencial. No puedes casarte con Jenny-Rosa.

Antonio palideció. Esta vez era Juan Marcos quien le contemplaba a él con aire de triunfo.

— Encuentro su contestación muy dura, papá. ¡Oh!, no el tono en que me habla. Conozco su bondad y adivino que le es muy penoso hablarme en esta forma.

— Puedes creerlo, Antonio.

— Y si mi amor pudiese más...

— ¿Qué tu razón? No, hijo mío. Te haces poco favor. Por otra parte, no tienes más que veintidós años. Miguita es muy joven. No podrás negarme unos cuantos meses de reflexión.

— Sé que no cambiaré.

El Sr. Fabrecé se había prometido no perder la calma.

Dejó escapar con una ligera irritación:

— Cambiarás... Te pido que te ausentes durante seis meses; de esta manera no seguirás sacrificando a Jenny-Rosa que podría volver al lado de los suyos. Y, lejos de ella, verás que...

— Padre, estuve lejos de ella durante mi servicio militar y volví más fiel que antes. Si continuó amándola dentro de seis meses, dentro de un año, ¿qué dirá usted?

El Sr. Fabrecé replicó con serenidad, pues le parecía haber mostrado bastante conciliación:

— Eres mayor de edad, hijo mío. La ley te permite hacernos una intimidación y seguir adelante. Te casarás, entonces, si bien te parece, contra nuestra voluntad, Elegirás entre ella y nosotros.

— Nunca, dijo Antonio trastornado. Sabe usted muy bien que yo, un Fabrecé como usted dice, no le faltaré nunca al respeto a tal extremo. Pero usted me causa una gran pena. Porque siempre amaré a Jenny-Rosa y la considero ya como mi prometida.

El Sr. Fabrecé lo contempló; aquella obstinación y el aspecto de aquel rostro macizo... Le pareció estar viendo a su padre, con su traje de pana usado, apoyado sólidamente sobre su azadón en su campo.

— Por hoy te he dicho, Antonio, todo lo que tenía que decirte. Continuaremos mañana esta conversación, si quieres, en presencia de tu madre.

Salió a la marquesina y gritó con voz de mando:

— ¡Los caballos!

Le trajeron a Red-Bill, un cob irlandés, de buen pelaje y fuerte musculatura, que él cabalgó con destreza. Montado por Juan Marcos, Vulcano, un caballo de raza muy fogoso, piafaba de impaciencia.

— ¡Vamos!, dijo Fabrecé padre.

Y Antonio los vio partir al trote y desaparecer por el recodo del camino.

VII

Aquel pasco le gustaba mucho a Juan Marcos.

Entregado a los *sports* que mantienen la agilidad y elegancia del cuerpo, impidiendo engordar demasiado, raramente dejaba de dar su paseo a caballo por el bosque.

Le gustaban las andaduras vivas, los saltos de obstáculos, el regreso al pequeño galope de caza por los caminos arenosos cruzados de raíces, entre los pinos oscuros.

Seguía los *rallies* de oficiales y las cacerías mayores de otoño.

A la alegría que le causaba el manejo de un caballo fino y fogoso, se añadía la embriaguez del aire puro, del bosque vasto y solitario, ese admirable bosque de Fontainebleau que, con su variedad de aspectos, exhala, en su grave silencio, la delicia de un mundo encantado.

Juan Marcos se alegraba de que su padre opinase como él, respecto a Antonio. Y era también la opinión de toda la familia, que reprobaba las aficiones plebeyas del grueso muchacho.

Ni Sofía, ni Isabel, ni Simona acogerían con gusto a Jenny-Rosa en la casa. De Armanda no hablamos: ello le costaría una enfermedad.

Juan Marcos, cansado de las escenas ocasionadas por los celos de su esposa, a causa de la Hycler, y abrumado sobre todo por el drama de aquella mañana, que había dejado a Armanda postrada y anegada en llanto, saboreaba el descanso delicioso de aquel instante.

Si Armanda había de mostrarse tan celosa, furiosa y desesperada por todos los amores de pasada y sin consecuencias que él pudiese tener todavía, ¡bonito porvenir se le presentaba!

Era mucho cuento que aquella mujercita, tan bonita y simpática, y a quien adoraba realmente, no quisiese ni supiese hacer la vista gorda como sus semejantes! ¡Bah! Hacía un tiempo hermoso; un día de azul y oro, esmeralda clara y rocío resplandeciente.

Y Juan experimentaba una alegría filial en aquel aislamiento de dos, en confianza, el padre y él.

— Ese pobre Antonio, dijo, no comprende que sería pronto desgraciado con su Dulcinea.

— No es seguro, replicó el Sr. Fabrecé. Si hay en nuestro árbol genealógico una rama que pueda bajar hacia la tierra y volver a la naturaleza, es ésta y no otra.

— ¿Quién le impide tener gustos más elevados?

— Él es así, siempre lo ha sido y probablemente lo será siempre. Eso no impide que sea un excelente muchacho.

Aun le parecía estar viendo la triste mirada, el cándido rostro de Antonio, y también, en el pasado sus propios comienzos, difíciles y pobres.

¿Quién le hubiera dicho entonces que, nacido de un campesino vuelto del servicio militar, llegaría a ser un gran creador industrial, un sabio, un legislador, una notabilidad?

Creía firmemente cumplir con su deber prohibiendo a Antonio, hijo del renombrado senador y académico, hermano del director de los Grandes Establecimientos Fabrecé, un casamiento seguramente desigual.

Pero el rigor de esa ley social que exigía semejante sacrificio, en el fondo, no le satisfacía. ¿Qué hacer?..

Juan Marcos, rencoroso, insistió demasiado.

— ¡Es preciso que no esté en su cabal juicio! ¡Esa picarueta, la Míga, como él la llama, emparentada con mi mujer, con mis hermanas! ¡Noemia por sugra! ¡Eso es absurdo!

— No exageremos nada, dijo el Sr. Fabrecé acariciando el cuello de Red-Bill: ese matrimonio es imposible; pero Jenny-Rosa y sus padres merecen nuestro respeto.

Y añadió mirando a Juan Marcos con atención:

— Porque, en fin, si admito, y no tengo más remedio que admitirla, la moral de nuestro tiempo y de nuestra sociedad, es porque estimo que en toda moral reside un principio superior. No es que yo afirme que nuestras leyes y nuestras costumbres son perfectas, lejos de eso. Las primeras consagran más de una injusticia; las segundas ocultan muchas flaquezas; y, en su frivolidad, la opinión de la gente, demasiado indulgente o demasiado severa, atestiguan con frecuencia una hipocresía y un fariseísmo que me desagradan. Y, sin embargo, la moral corriente, para el que aplica escrupulosamente sus reglas, me parece que basta para la salvación de un hombre honrado. Y aun hay que seguirla más según su espíritu que según su letra, y sin concederse compromisos íntimos, sin proclamar muy alto la necesidad de los deberes para con el prójimo, faltando uno mismo a ellos, sin más cuidado que el de guardar las apariencias.

Juan Marcos le miró inquieto. ¿Adónde quería venir a parar su padre?

— Por eso, Juan Marcos, créeme, sé más indulgente con el error de tu hermano. Ese error parte de un sentimiento nada vergonzoso: el amor y la intención de fidelidad en el amor. No ofende ni a la verdadera moral, ni a la que, más convencional que ésta, adopta de tal época, de tales corrientes de ideas y de tal orientación política inevitables fluctuaciones.

«Si, repitió acentuando sus palabras, sé indulgente si quieres que los demás lo sean contigo. Tienes una noción demasiado precisa del bien y del mal para creerte exento de toda falta.

Juan Marcos, que disimulaba su embarazo sacudiendo con el látigo las moscas impertinentes que asediaban a Vulcano, dijo algo desconcertado:

— ¿Qué quiere usted decir?

— Me has comprendido perfectamente. La pena de tu mujer, vuestras borrascas conyugales no son un secreto para ninguno de nosotros, sobre todo desde esta mañana, en que, con la mejor voluntad del mundo, no se puede ignorar lo que pasa entre ti y Armanda.

— Armanda es nerviosa y se imagina cosas...

El Sr. Fabrecé miró a Juan Marcos sonriente, a pesar de su aire severo:

— ¡Cuidado, Juan Marcos; he ahí uno de esos compromisos de que yo hablaba!.. No, Armanda no se imagina... Ni yo tampoco. Toma, he aquí la carta que he recibido esta mañana.

Sacó del bolsillo un papel plegado en cuatro dobles: la letra vulgar y el papel ordinario denotaban la calidad del escrito.

— ¡Un anónimo! ¡psé!, exclamó Juan Marcos, sin inmutarse.

Pero, a pesar de su desdén, la leyó hasta el fin y vaciló en devolverla; cosas que no se le escaparon al Sr. Fabrecé.

— Anónimo, pero muy preciso. Puedes quedarte con él. No te hagas el disimulado, Juan Marcos. Ya puedes suponer que estoy enterado por otros conductos.

El hijo levantó la cabeza:

— Le juro a usted que Armanda exagera.

— Sin embargo, esa señorita Hycler es...

— Sí. Pero crea usted que no se trata más que de un capricho...

— No hay capricho sin importancia, amigo mío. Armanda es joven, seductora, te casaste con ella por amor, le juraste fidelidad... Sí, sí, ya sé: juramento de hombre; tú admities que ella te sea fiel, pero tú...

— ¡No es lo mismo!

— No discutamos este punto. Conoces mis ideas. Entiendo que la fidelidad del hombre es tan necesaria en el matrimonio como la de su compañera.

— Hay excepciones...

— No en tu caso: tu mujer es vigorosa, sana, te ha dado hermosos hijos que ha criado ella misma...

— Justamente.

— ¿Entonces es tu manera de recompensarla? Tu egoísmo no puede soportar un poco de abstinencia en cambio de esa maternidad cuyo peso ha sido todo para ella; sufrimientos, peligros, fatigas, lactancia?..

— Tiene usted razón, pero...

— No, Juan Marcos, no me digas que muchos maridos... Si el matrimonio no fuese más que una monogamia oficial atemperada por una poligamia privada, seleccionando los hijos legítimos y sacrificando cruelmente a los demás, si los compromisos contraídos ante la sociedad no tuvieran más valor que el de una mentira, no valdría la pena de unirse para constituir un hogar. El matrimonio es algo más que una asociación de intereses; yo veo en él la unión más alta y más noble, el buen acuerdo, la franqueza, la abnegación de todas horas. Así comprendí mi compromiso con tu madre; y el 15 del mes próximo cumplirán cuarenta años que me casé con ella, sin haberla engañado una sola vez; ¿entiendes Juan Marcos?

Éste replicó, emocionado:

— ¡Oh! ¡usted padre! Usted es un hombre de otra especie que nosotros.

— Soy un hombre como los demás. A los veintidós años, adoré a tu madre, y a los sesenta y cinco la adoro todavía; la ternura que nos une, cimentada por un mismo fin elevado, no podrá ser destruida más que por la muerte; y estoy seguro de que el que parta primero verá el otro seguirle muy de cerca, de tal modo la vida ha tejido lazos indisolubles entre nosotros. ¿Y es esto decir que no estoy hecho del mismo barro que los demás?

Después de una pausa, continuó:

— Me he sentido tentado, sí, más de una vez; porque es ideal de monogamia, que es el más conforme a la perpetuación fuerte y pura de la familia y de la raza, les es penoso, ya lo sé, a nuestros deseos nómadas, a nuestra afición a cambiar.

«Pero, ¿sería ideal si no exigiese una parte de inmolación? Y en ese caso, ¿cómo se legitima! ¿cómo adquiere grandeza! Evitar el hacer sufrir al ser preferido, permanecer digno de él, purificarse de los contactos vulgares, privarse de los placeres fáciles para sentir, para amar más profundamente!

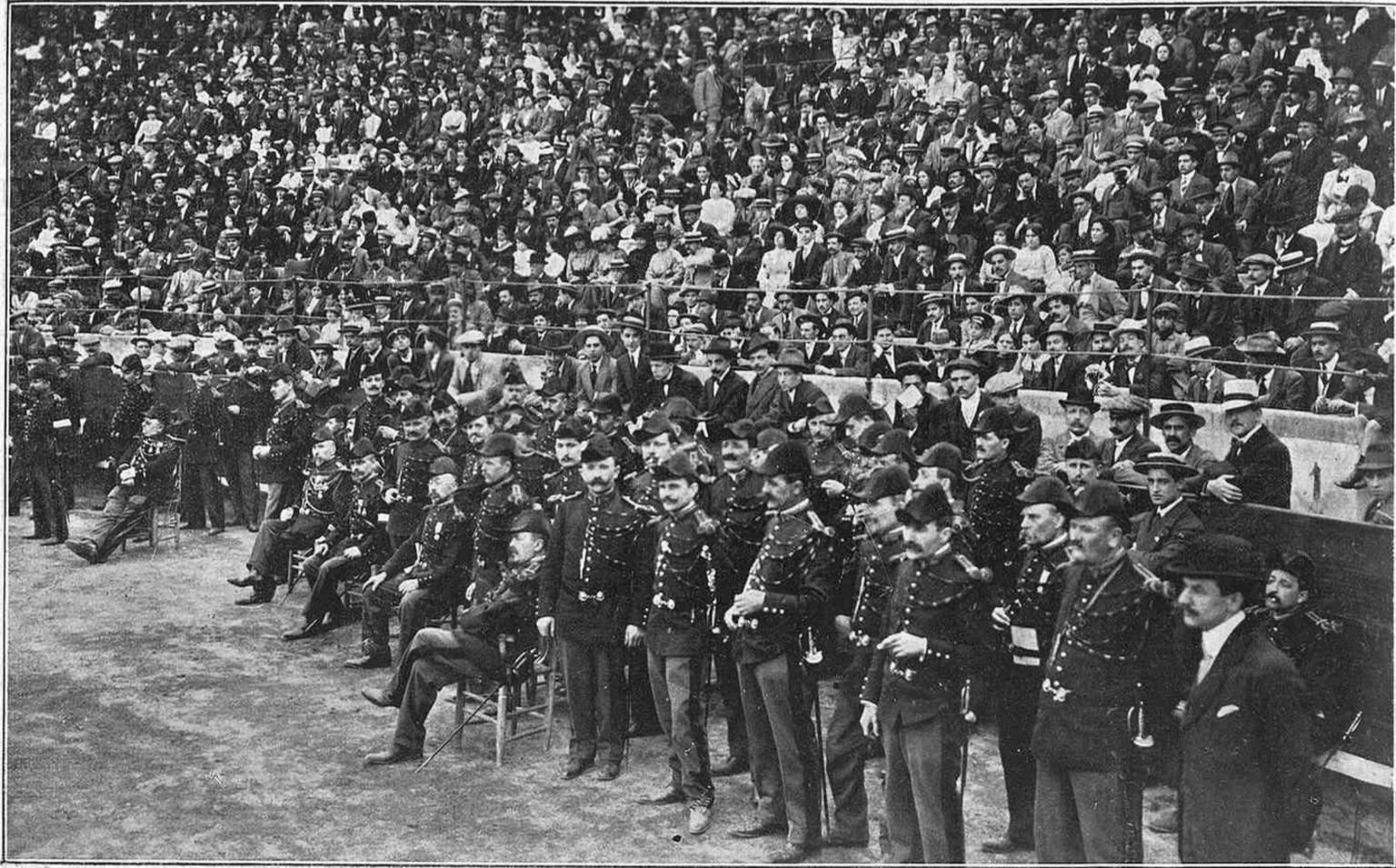
— Sin duda, papá, pero el instinto...

(Se continuará.)

BARCELONA. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Los excursionistas lyoneses. - Durante los dos días de las últimas Pascuas, Barcelona se ha

lleno totalmente y el público no cesó de aplaudir los números del programa, que fueron tocados magistralmente. Al final diéronse entusiastas vivas a Francia y a España. Por la noche el Ayuntamiento obsequió a los representantes del municipio de Lyon y al di-



La banda «L'Harmonie Municipale» de Lyon en el concierto de Las Arenas, escuchando a la Banda Municipal de Barcelona. (Fot. Merletti.)

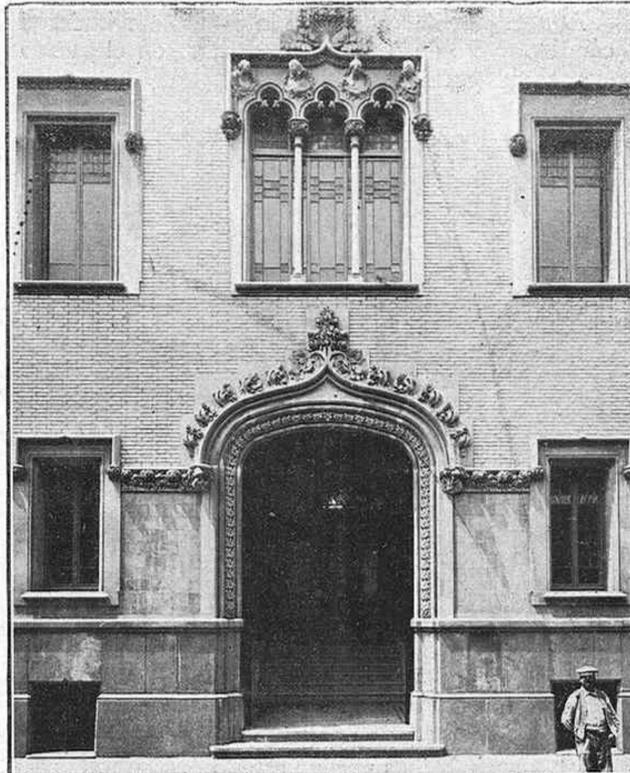
visto honrada por la visita de numerosos excursionistas lyoneses, entre los que figuraban la banda *Harmonie Municipale*, el primer teniente de alcalde Sr. Hoffher, varios concejales, el Sr. Bessé, presidente de la *Union fraternelle des employés de Commerce de Lyon*, entidad organizadora de la excursión, y otras distinguidas personalidades.

Los excursionistas fueron recibidos a su llegada por el alcalde Sr. Collaso con una numerosa comisión del Ayuntamiento, por el vicecónsul de Francia, por representantes de la Cámara de Comercio francesa, de la Sociedad de Atracción de Forasteros, del *Centre Autonomista de Dependents del Comerç y de la Industria*, y de todas las sociedades de la colonia francesa y de varias entidades de esta ciudad y por la Banda municipal. Cambiadas afectuosas saluciones, formóse la comitiva, que en varios landós se dirigió a las Casas Consistoriales, delante de las cuales las bandas de Lyon y Barcelona ejecutaron la Marcha Real y la Marsellesa respectivamente, entre los calurosos aplausos y aclamaciones del público que llenaba la plaza de San Jaime.

En el Salón de Ciento efectuóse una recepción, en la que pronunciaron cordialísimos discursos los Sres. Collaso, Hoffher y Fargues, director de la banda lyonesa, que tocó admirablemente una fantasía de *Hamlet*.

El domingo por la noche la *Harmonie municipale* dió un notable concierto en el Palacio de Bellas Artes. La concurrencia distinguida que llenaba el grandioso salón tributó una serie de ovaciones a la banda lyonesa, que en todas las piezas que ejecutó demostró plenamente la justicia de la fama de que venía precedida.

Al día siguiente, las bandas de Lyon y Barcelona dieron un concierto popular en las Arenas. El circo estaba

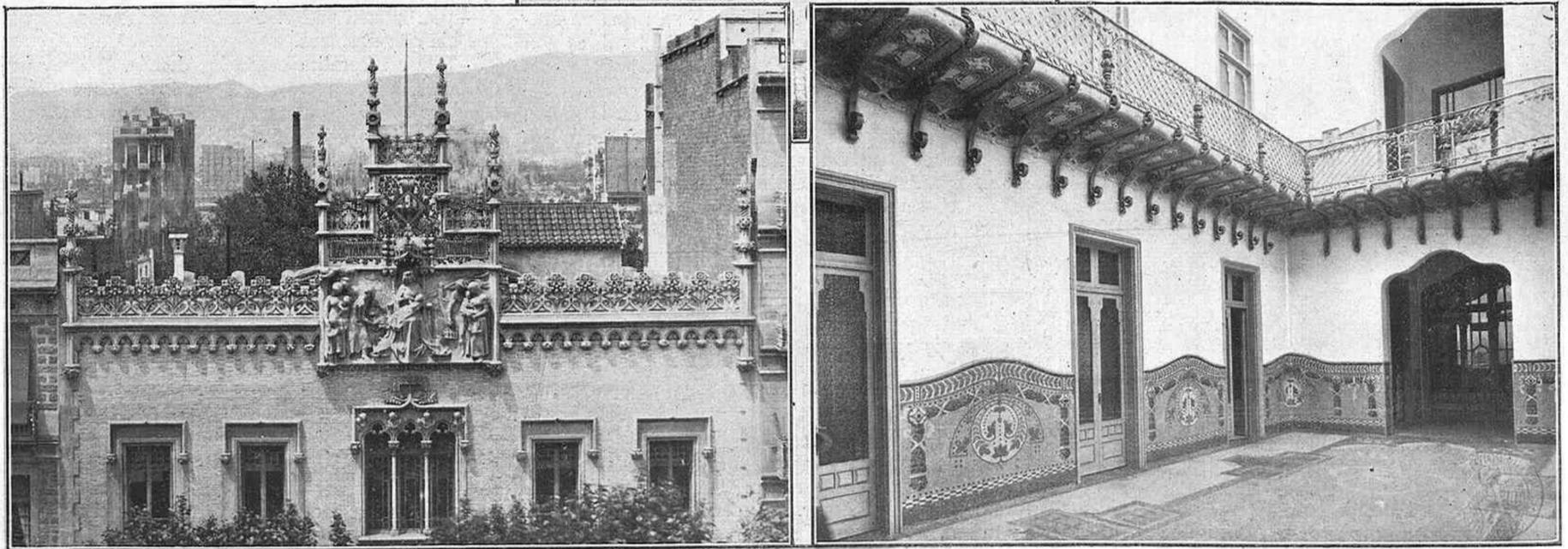


rector de la *Harmonie municipale* con un suntuoso banquete que se celebró en el Salón de Ciento, magníficamente decorado, y al que concurrieron también las autoridades, el cónsul de Francia, el decano del cuerpo consular y otras personalidades distinguidas. Durante el banquete, un quinteto y la banda municipal tocaron escogidas piezas, y al final pronunciaron afectuosos y patrióticos brindis el alcalde Sr. Collaso, el cónsul de Francia señor Theverón y el Sr. Hoffher.

Durante su estancia en Barcelona, los excursionistas lyoneses visitaron los principales edificios públicos y monumentos de esta ciudad, depositaron una corona en el monumento de Clavé y fueron obsequiados con una excursión y un vino de honor en el Tibidabo, con una recepción y un champaña de honor en el Círculo Francés y con una recepción en el *Centre Autonomista de Dependents del Comerç y de la Industria de Barcelona*.

La nueva Casa de Lactancia. - Hace pocos días efectuóse la recepción por el Ayuntamiento del nuevo edificio de la Casa de Lactancia, cuyas obras han sido proyectadas y dirigidas por el arquitecto D. Antonio de Falguera, designado por el arquitecto municipal D. Pedro Falqués.

El edificio ofrece en su fachada un conjunto bello y armónico, destacándose en ella un hermoso alto relieve de Eusebio Arnau; en el interior, preside un gusto exquisito, siendo en conjunto una obra arquitectónica que honra a su autor y a la oficina de Urbanización y Obras del Ayuntamiento. Al acto de la recepción de las obras asistieron el alcalde, varios concejales y algunos médicos municipales, habiendo pronunciado elocuentes discursos el Dr. Farriols, los tenientes de alcalde Sres. Pich, Mir y Miró y Pañella, y el alcalde Sr. Collaso. - T.



El nuevo edificio de la Casa de Lactancia. - Fachada principal, parte baja. - Remate de la fachada principal. - Patio Central. (Fots. de Mas.)

BARCELONA - LA ROMERÍA DEL RAM (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Los romeros encaminándose a la cumbre del Tibidabo



Los romeros delante de la capilla del Sagrado Corazón

Con la misma animación de todos los años celebróse el domingo, día 11 del actual, la romería al Sagrado Corazón de Jesús, del Tibidabo, conocida por la denominación de «Romería del Ram».

Después de una misa de Comunión general en la iglesia parroquial de San José, de Gracia, los romeros, presididos por el canónigo penitenciario Dr. Ballester y por la Asociación de la romería, se encaminaron hacia el Tibidabo, entonando cánticos y llevando ramos de flores. La Asociación llevaba, para depositarlo en la capilla del Sagrado Corazón, un gran macizo de flores naturales, en el que se destacaban un corazón de claveles rojos y una cruz.

Llegada la romería a la cumbre de la montaña, desfiló ante la capilla, haciendo el Dr. Ballester la presentación de la misa al Sagrado Corazón de Jesús. Después comenzó la misa que dijo el P. capellán custodio de la futura basílica, y durante la cual el catedrático del Seminario de Barcelona Dr. D. Manuel Mestres pronunció un elocuente sermón poniendo de relieve la significación de la romería y estableciendo su relación con las Fiestas Constantinianas.

Celebráronse luego otras misas, que fueron oídas por gran número de fieles, y a primera hora de la tarde la multitud se desparramó por la montaña, comiendo unos al aire libre y otros en los restaurantes allí instalados.

Por la tarde, a las tres y media, se cantó el Santo Trisagio y después se organizó una procesión para acompañar al Santísimo Sacramento hasta la miranda de la estación del funicular, desde donde se dió la bendición a Barcelona, mientras las bandas de los Salesianos y de la Bonanova tocaban la Marcha Real.

Terminado dicho solemne acto, los romeros se encaminaron a la Bonanova, en cuya iglesia parroquial se despidió de la Virgen, disolviéndose después de oír el sermón que pronunció el Rdo. P. Vilella, misionero del Inmaculado Corazón de María.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE FILOSOFÍA Y RELIGIÓN, por Juan Valera. — Forma este libro el tomo XXXIV de las Obras completas del eximio escritor y contiene nueve artículos escritos desde 1856 a 1863, cuyas excelencias no hemos de ponderar porque basta el nombre del autor para recomendarlos. Entre estos artículos figuran un estudio del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo considerados en sus principios fundamentales*, de Donoso Cortés; *La doctrina del progreso*, *El Dios Yo* y *La enseñanza de la Filosofía en las Universidades*. Un tomo de 376 páginas, impreso en Madrid, en la Imprenta Alemana; precio, tres pesetas.

MEMORIA DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL CASINO ESPAÑOL DE LA HABANA. 1912. — En esta memoria se ponen de manifiesto así el estado floreciente de aquella sociedad como el interés y el entusiasmo con que se ha asociado con solemnes actos públicos a todos los sucesos memorables y ha contribuido a obras meritorias. Lleva como apéndice la bellísima poesía del poeta cubano Luis A. Mestre *España en América*, que obtuvo el premio del Casino Español de la Habana en los Juegos Florales de Santiago de Compostela. Un folleto de 80 páginas impreso en la Habana, en la tipografía «La Universal».

CUENTOS DE BLANCO Y NEGRO, por Vicente Díez de Tejada. — Reunidos en un volumen que forma parte de la «Biblioteca Patria», con tanto éxito editada en Madrid, ha publicado el Sr. Díez de Tejada doce cuentos que, como el título indica, han visto antes la luz en la revista madrileña *Blanco y Negro*, habiendo sido algunos de ellos premiados en el concurso por aquella celebrado en 1909. Nuestros lectores conocen sobradamente el nombre del autor, querido colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y han podido apreciar las dotes excepcionales de cuentista del Sr. Díez de Tejada; ocioso, pues, nos parece hacer el elogio de su libro y nos limitaremos a decir que los cuentos en él contenidos son a cuál más precioso. Un tomo de 132 páginas; precio, 1 peseta.

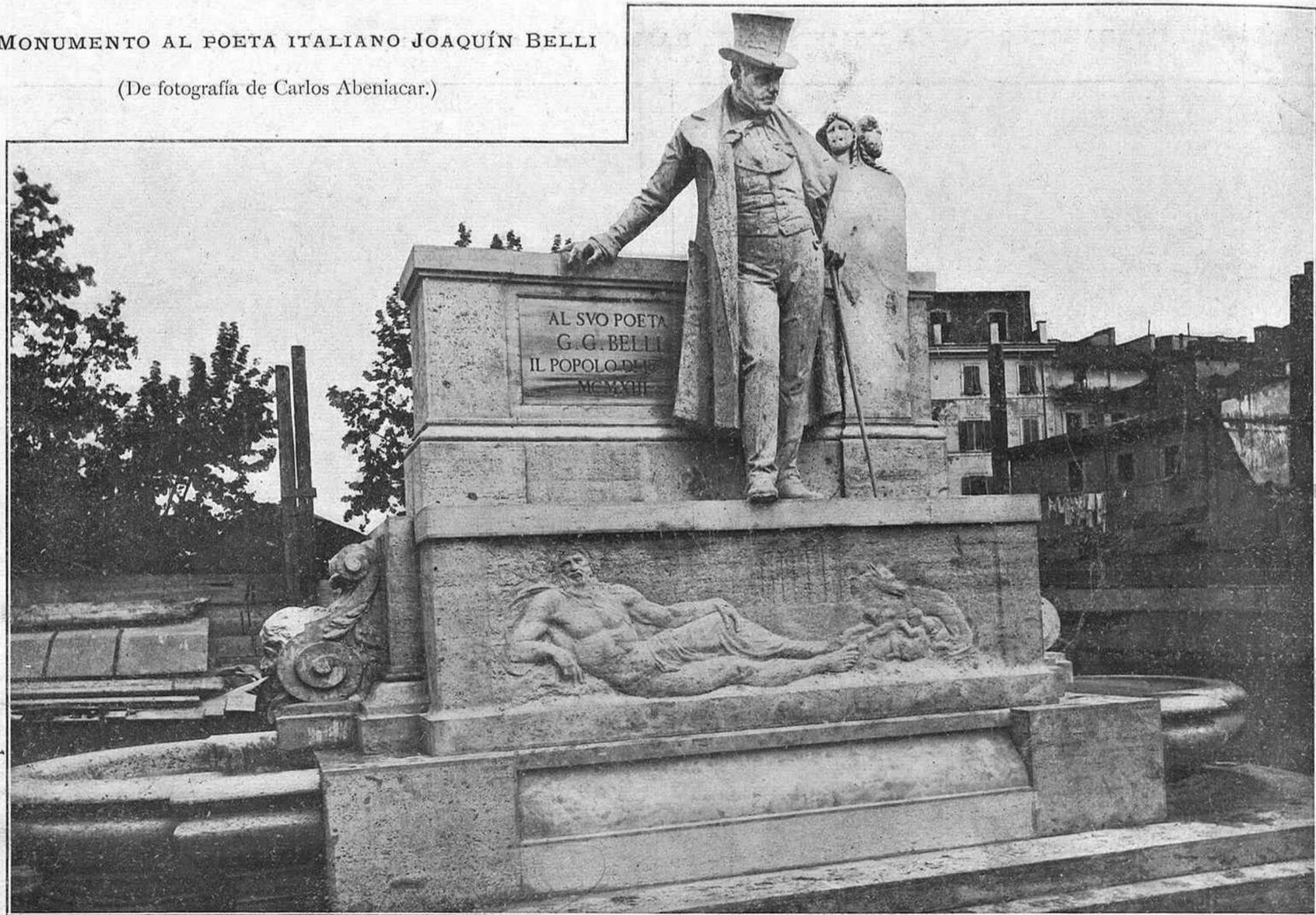
¡ Pero que rico es el jabón

HENO DE PRAVIA!

A. Ehrmann.

MONUMENTO AL POETA ITALIANO JOAQUÍN BELLI

(De fotografía de Carlos Abeniacar.)



Este monumento, obra del escultor Tripisciano, ha sido solemnemente inaugurado en Roma el día 4 de este mes

Joaquín Belli, nacido en el último tercio del siglo XVIII y fallecido en 1863, fué un gran poeta popular romano. Escribió, entre otras composiciones, más de dos mil sonetos en los cuales supo reproducir con verdad maravillosa las costumbres de su tiempo y reflejar los aspectos más característicos del pueblo de Roma.

Escribió en dialecto romanesco, y sus sonetos, en un principio, corrieron manuscritos de mano en mano entre unos cuantos amigos; luego se difundieron por la ciudad, se copiaron y se recitaron de memoria, y poco a poco fueron siendo conocidos en toda Italia y revelaron la existencia de un poeta nuevo, de frescura y gracia incomparables.

Para solemnizar el 50.º aniversario de su muerte, se ha inaugurado recientemente en Roma

el monumento que adjunto reproducimos y que es obra del celebrado escultor profesor Miguel Tripisciano. Levántase en la plaza de Italia, en el Transtevere, y en él se ve al poeta, en traje de la época, apoyado en el parapeto del puente de Quatro Capi y en actitud de inspirarse en la vieja Roma. En la base se lee: «A su poeta G. G. Belli. El pueblo romano. MCMXIII.»

Debajo de la estatua de Belli hay un relieve con una alegoría del Tíber, coronado de pámpanos, y cerca de él la loba con los gemelos Rómulo y Remo. A ambos lados, dos pilones, en donde arrojan agua dos mascarones que representan la Poesía y la Sátira. En la parte posterior, se ve, en relieve, un grupo de gentes del pueblo leyendo un pasquín. El monumento ha costado 30.000 liras y mide 10 metros de largo por 4'30 de ancho y 6 de alto.



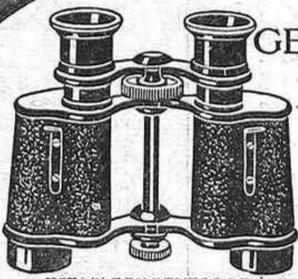
Parque canino de Eisenberg para la cría y el comercio de perros de raza

RICHTER Y C.^a, EISENBERG S.-A.
142 Alemania

Proveedores de ilustres personalidades, militares, eclesiásticos, etc. Proporcionan TODA CLASE DE PERROS DE RAZA desde los MÁS GRANDES LADRADORES, de GUÍA y de VIGILANCIA hasta los MÁS PEQUEÑOS FALDEROS, PERROS DE CAZA y de POLICIA. Envío a TODOS LOS PAÍSES y en TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. Garantía de procedencia sana. SERVICIO REAL, HONRADO Y FÁCIL. MAGNÍFICO ÁLBUM con ilustraciones y descripción de las razas con lista de precios. Pesetas 1,90 con abono en la compra. Lista de precios gratis y franco. NUMEROSAS CARTAS DE GRATITUD escritas ESPONTÁNEAMENTE son la mejor prueba de la EXCELENCIA DE NUESTRAS ENTREGAS.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA

VIAJE Y SPORT

TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR

E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO

HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE

FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Reino de Sajonia.

Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holz.

Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

LA SAGRADA BIBLIA

Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. — Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el *Rdo. P. D. Ramón Boldú*, con licencia de la autoridad eclesiástica. — Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.